

PQ
8476.2
W65
M45
1990

concurso de cuento Magda Portal

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001029397638

MEMORIAS
CLANDESTINAS



ediciones flora tristán



Digitized by the Internet Archive
in 2024

FD
P. 276.2
W. 65
1145 Memorias clandestinas
1970

*MEMORIAS
CLANDESTINAS*

(cuentos)

 Editorial Nueva Sur

PQ
8476.2
W65
M45
1990

Memorias clandestinas

Primer Concurso de Cuento "Magda Portal"
Convocado por el Centro de la Mujer Peruana
Flora Tristán



Ediciones Flora Tristán
Primera edición, 1990.

Memorias clandestinas

Tristán, Constanza de Ocampo, María Flora
Conocimiento por el Cambio en el Mundo Latinoamericano
Flora Tristán

© De esta edición Flora Tristán

Carátula y diseño: Marisa Godínez

Coordinación: Ana María Chávez

Edición: Ana María Gazzolo

Ediciones Flora Tristán

Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán

Parque Hernán Velarde N° 42 Lima, Perú

Impreso en Perú.

Presentación

Cuando a principios de los ochenta empieza a aparecer un número interesante de poetas mujeres, que hablan en un nuevo lenguaje, brindándole a la poesía peruana otras resonancias y otros matices, muchas nos preguntamos por qué no ocurría lo mismo con la narrativa. Aun en los concursos de cuentos, que se realizaban exitosamente, la presencia de narradoras mujeres no era significativa. ¿Es que en el país no existían narradoras? Pronto descubrimos que no era así. Una primera señal resultó ser la gran acogida que tuvo la invitación del Instituto Goethe a las mujeres para publicar sus cuentos en las páginas de Lima Kurier. Esto nos hizo pensar que las mujeres que escribían lo hacían en silencio, casi clandestinamente, y que, a diferencia de las poetas, no se decidían a publicar, quizá por falta de posibilidades o tal vez por temor a no encontrar un reconocimiento en la literatura oficial.

En todo caso, estaba claro que era imprescindible un estímulo que sacara a la luz pública todo ese potencial literario vivido y trabajado por mujeres.

Al convocar el primer Concurso de Cuentos “Magda Portal” supimos que no estábamos equivocadas. Creemos haber contribuido —en la medida de nuestras posibilidades— a apoyar a todas aquellas

mujeres que han sentido el llamado de la literatura en un entorno social que es francamente desmoralizador. Y es por ello que la publicación de esta antología, que recoge no sólo el cuento ganador y las menciones honrosas sino los trabajos de otras participantes, constituye un acto de celebración y alegría para el Centro Flora Tristán.

La imaginación, el talento y la originalidad desplegados en muchos de los cuentos concursantes hicieron sumamente difícil la tarea del jurado y de ello pueden dar constancia Blanca Varela, Rossina Valcárcel y Ana María Gazzolo, quienes, además de elegir el cuento ganador y las menciones especiales, recomendaron algunos de los cuentos publicados en esta edición.

Esta es, pues, sólo una forma de alentar a las mujeres a que sigan escribiendo, a que cuenten sus historias, y así demuestren la existencia de una narrativa que ha permanecido hasta hoy oculta.

Mariella Sala
Centro Flora Tristán

Indice

"Al borde la cordura", por Viviana Mellet	11
"Mayo", por Mariella Collazos	21
"La lágrima", por Esther Andradi	27
"Como la yerba", por Ena Victoria Ayala	33
"Línea roja", por Catalina Lohmann	41
"Maternidad", por Ana Domínguez	49
"El riachuelo de le", por Doris Moromisato	57
"Penélope", por Gladys Camere	69
"El legado", por Carmen Luz Gorriti	75
"Morir por él", por María Elena Bravo	83
"Jarjacha", por Rosario Elías	91
"Querida Virginia", por Luz Freyre	99
"El trato", por Rosa Málaga	105
"Fuegos", por Malena Barrenechea	113
"Desde el balcón", por Gladys Rossel	119
"No me enseñó la Señorita", por Bethzabé Guevara	127
"Melancolía", por Rosa María Bedoya	137
"Far Est", por Carmen López de Riedel	141

Viviana Mellet

Nace en Lima, en 1959. Estudia en el colegio Santa Rosa Maryknoll y Letras en la Universidad Católica. Desde 1980 se ha desempeñado como secretaria y, en la actualidad, administra el taller de su esposo. Empieza a escribir cuentos después de abandonar la Universidad. En 1984, participa en el concurso "El cuento de las mil palabras", organizado por la revista "Caretas", obteniendo una Mención Honrosa por su relato "Fiesta". Más adelante, asiste a un Taller de Poesía conducido por Marco Martos, pero percibe la expresión poética como algo más lejano. En el concurso "Magda Portal", donde obtuvo mención especial, intervino con tres cuentos destacables.

Era una mañana espléndida, sin una nube en el cielo pálido. El parque era bellissimo, comprobó una vez más, y se lamentó de no hacer estos paseos más a menudo por pereza o abulia. El sol se reflejaba en el agua del pequeño estanque que brillaba haciéndole guiños a las flores que lo orillaban, multicolores. Sobre la acera, un par de puestos de juguetes de plástico y globos de gas. Al lado opuesto, la baranda del acantilado y, tras él, el mar, cuyo rumor se deja oír amortiguando las risas de los bañistas allá abajo y refrescando el paisaje. Sentado al borde del estanque, un hombre lavaba unas pelotas y más allá el jardinero colocaba la manguera de agua junto a los crotos. Permaneció un momento contemplando el chorro que manaba generoso sobre el césped y se repitió mentalmente: "Agua, agua... qué maravillosa palabra, qué refrescante sensación... Soy feliz esta mañana, soy agua que brota de un surtidor que está aquí, en medio de mi pecho; soy agua y soy feliz". Y aspiró profundamente el aire cargado de olores de pasto y arena, flores y asfalto. De pronto, su ensoñación se vio interrumpida por una voz apremiante.

- ¿Tienes un lapicero? —le sonreía una mujer que había estado sentada en una banca—. ¿Por favor? —añadió con impaciencia.

Dudó un instante, mientras volvía de su abstracción, más bien con un sentimiento de fastidio y, sin devolverle la sonrisa, le alcanzó el bolígrafo plateado que brilló al sol por un momento, antes de desaparecer en las manos ansiosas de la mujer. Dándole la espalda, se acuclilló y, apoyándose en la banca, anotó algo. Mientras escribía, observó su talle largo y delgado, las caderas desplegándose luego, amplias, y los pantalones tensos sobre sus gruesos muslos. Recordó la cara al otro lado de esa larga cabellera rubia: un rostro viejo en un cuerpo aún joven, la piel seca, arrugada, sólo la mirada, que se levantaba ahora, correspondía a ese cuerpo voluptuoso. La ropa se ajustaba también a ese cuerpo, pero pertenecía a otra época, quince, veinte años atrás. La blusa descolorida, los pantalones raídos, las botas pasadas de moda y con los tacos muy gastados. Tuvo la sensación de haber visto antes muchos zapatos viejos, así, gastados, pero ¿dónde? ¿cuándo, con tanta familiaridad? Recibió el lapicero y se disponía a continuar su caminata, pero la mujer le ofrecía nuevamente su sonrisa.

- ¿Sabes lo que pasa? —le dijo—. Es que estaba aquí sentada, tratando de acordarme del número cuando salí de Alemania y no podía, no podía —hablaba atropelladamente, entrecortando las palabras—. En eso oí el sonido del mar y me dijo el número, así que me dije tengo que apuntarlo—. Pestañeó nerviosamente, buscando en su mirada un indicio de comprensión, y añadió: Gracias, muchas gracias. La mujer hubiera continuado explicándose, pero no la dejó. Prosiguió su camino, el paso acelerado, apartándose rápidamente hacia el borde del acantilado. No tenía ganas de conversar, pero había además en su prisa una repentina urgencia por alejarse de esa mujer, como cuando uno ha permanecido mucho tiempo mirando fijamente la propia imagen en el espejo. No supo explicarse por qué.

En ese momento, los niños que salían del colegio irrumpieron en el parque dando gritos de alegría. Bajo la sombra de los sauces se había reunido un grupo de obreros. Tendidos sobre la hierba, con el torso desnudo, algunos leían el periódico, otros mordisqueaban distraídamente los tallos de las flores, otros comían de unos portaviandas que una mujer con un niño a la espalda les repartía.

Se sentó al borde del estanque y jugueteó un poco con el agua. Mojándose las manos, recordaba su niñez, las carreras de barquitos de papel con sus hermanos, el agua salpicando los brazos, los pies desnudos. Algo interrumpió nuevamente su ensimismamiento.

—Dame un cigarro ¿ya?—. Levantó los ojos con incredulidad. Allí estaba la mirada tonta de la "loquita cigarro", como íntimamente había apodado a esa joven que vagaba por el barrio exigiéndole cigarros a los transeúntes. La primera vez, sin comprender, le había increpado.

—Oye, ¿y tú por qué no trabajas? ¿Crees que a mí los cigarros me los dan gratis? Eres joven, sana, podrías lavar ropa, limpiar casas, cocinar... no, mi hijita, a trabajar, a ganárselos. La había visto imperturbable, con la misma sonrisa boba en los labios. —Ya pues, un cigarrito —había insistido. Y, al percibir todas esas miradas acusadoras a su alrededor, se había sentido de una dureza extrema, de una inflexibilidad injustificada, y su irritación se había quedado flotando en el aire, avergonzada en su desnudez, sin tener dónde esconderse. Desde entonces, cada vez que la encontraba y le pedía un cigarro, trataba de ignorarla, pero siempre se había tropezado con el candor de su mirada perdida y había sentido una rabia sorda, una culpa incómoda, insoportable. Y aquí estaba ahora, como si nunca antes se hubieran visto, pidiéndole impávida "un cigarrito, pues". Por primera vez, sin ganas de discutir, sin ganas de huir y con un sentimiento de derrota, se lo dio. Luego, le alcanzó también el encendedor. La "loquita cigarro" retuvo con deleite el humo antes de exhalar bruscamente y, con la misma expresión risueña y despreocupada, se alejó sin darle las gracias. Mejor, pensó, si le hubiera dado las gracias su desconcierto hubiera sido mayor. Sintió una prisa súbita por alejarse de allí; se levantó e inició el camino de regreso. Antes de alcanzar la acera pasó junto a la mujer del número de Alemania (¿o era el número del mar?), que charlaba ahora con el jardinero. Alcanzó a oír el fragmento de una frase que tampoco comprendió: —No puedo tenerla— decía, gesticulando con vehemencia. —¿De dónde quieren que la saque? La sacaré de la manga, pues...—. Llegó al borde de la pista preguntándose en qué momento había oído la palabra "alegría" y, mientras trataba

de insertarla dentro del resto de la frase, comprobó que no venía ningún auto y empezó a cruzar. En medio de la pista, sin embargo, se encontró con alguien que le obstruía el paso y cuya presencia no había advertido. Al hacerse a un lado para esquivarla, la viejecilla, aferrada a su vieja cartera negra, maquillada como un payaso, dos bolas rojas a manera de chapas, la boca fucsia, los ojos embadurnados de celeste, volvió a interponerse en su camino. Se hizo rápidamente al otro lado, advirtiendo que venía un auto, y de nuevo la tenía al frente, sus cuerpos casi tocándose. Empezó a desesperar. La viejecilla, mirando al suelo con obstinación, parecía actuar deliberadamente. En el último momento, cuando el auto frenaba ruidosamente, logró hacerla a un lado de un empujón. La mujer hizo un ademán de fastidio y le espetó un insulto: —¡Ah! ¡Vete a la mierda!—. Llegó casi corriendo a la esquina y, cuando sus gritos cesaron, se dio vuelta para mirar a la mujer. La vio internarse en el parque, cabizbaja y aferrada a su cartera. Entonces, meneando la cabeza pensó: "¡Parque de locas!".

Al llegar a su casa, se dirigió directamente a la máquina de escribir. Sacó del cajón un papel blanco y lo colocó con cuidado. Empezó a escribir:

"Me gusta donde vivo. Delante de mi casa hay una morera que alcanza mi balcón; en las mañanas se cuaja de chicos que sacuden las ramas y me alcanzan moras para hacer mermelada. En la esquina se paran todos los días un verdulero y un frutero. El frutero se llama Adrián; el verdulero, Manuel. Frente a mi casa hay una peluquería. El peluquero se pasa el día a la puerta del negocio. De modo que cuando salgo a dar una vuelta me saludan el peluquero, el verdulero, el frutero y también el municipal, que barre al pie de la morera y recoge la basura.

Cerca a mi casa hay un parque que mira al mar. Tiene una pileta y un monumento".

Se detiene, apoya los codos en la máquina y se coge la cabeza, hay algo que no convence, parece una composición escolar.

"En las tardes —pero no voy en las tardes, piensa— se llena de niños que roban flores y juegan con barquitos de papel. Las sirven-

tas de las casas vecinas escuchan huaynos mientras planchan. Yo las puedo oír desde el patio preguntándose el significado de la palabra 'vernacular', prestándose una cacerola o comentando con picardía el encuentro de la noche anterior con el enamorado, después de la escuela nocturna, escondidos entre los matorrales del malecón.

Me queda cerca una librería y también la panadería. Caminando un poco llego a la zona comercial, donde puedo perderme entre vitrinas y cafés. Me gusta donde vivo. En mi casa tengo un lugar para escribir y otro con mucha luz, para leer, un balcón con macetas colgantes y una cocina con lugar suficiente para hacerme un té. También tengo una lavadora automática, que me permite este rato para escribir, y una sirvienta de Apurímac que es buena y dulce y me observa vivir".

Vuelve a detenerse, apoya nuevamente los codos sobre la máquina que espera con un zumbido. Se coge la cabeza, desespera; hay algo que obstruye su pensamiento: una vieja curvilínea con un gorrito rojo y una vieja cartera de charol que, en medio de la pista, le pide un lapicero, un lapicerito por favor, para anotar la marca de un cigarrillo que en ese momento le dice el frenazo del mar que casi nos atropella.

Quería escribir como un emperador de oriente quería una túnica cuyos hilos se tiñeran con los colores del crepúsculo en el verano; como el canto de un ruiseñor quería decir toda la pasión del estudiante. Así, quería escribir todos los colores del cielo, los destellos del mar, escribir la llamarada en el corazón al hundirse el sol, todas las músicas: una sinfonía de Stravinsky y un lamento de Bob Dylan, un quiebre de flauta de Jethro Tull, una nota sorda de Beethoven. Quería tejer con palabras la imposible túnica del emperador, teñir de rojo una gélida rosa blanca con la sangre de su pasión. Quería decir la furia, una furia inmensa, fulminante; quería escribir esa gota de tortura china que caía un día sí, un día no, un día sí, un día no, sobre su frente humectada con crema H de Ponds, circundada por flequillo iluminado en un tono

más bajo que el tuyo, querida, le dice Rafo con el cepillo en una mano y la secadora de pelo en la otra. De pronto, cesa el ruido de la secadora y ve su cara desconcertada en el espejo. —¡Carajo, se fue la luz! De nuevo, estos jijunas, me van a llevar a la quiebra... ¡Ay, disculpa la boca, hija! Pero dime ¿qué es lo que quieren éstos? ¿que el país se vaya a la mierda?—. Quería escribir qué es lo que quieren éstos, Rafo, pero ya todos lo saben, ya todos lo sabemos; quería decir quiero quedarme, no quiero irme, amo este país, pero al escribirlo las palabras se desmigajan, es una masa que no toma cuerpo. Entonces, no amo este país, detesto este país. Quería escribir se me desgarró el corazón, tengo un sobresalto aquí dentro, dejé de leer el periódico, dejé de oír las noticias, no quiero más muerte, pero la gota sí, la gota no, diciendo, como el latido de un corazón terco, sigo vivo, aquí estoy, aunque no me quieras ver.

Quería escribir quisiera tener un racimo de hijos, escribir un libro y sembrar un árbol de sombra; mostrar estos son, aquí están, los caminos de nuestra libertad, y hacer una guerrilla de palabras, iniciar una lucha indomable, una guerra invencible.

Acunar a un lector, tan sólo a uno, en brazos de una página suya y mecerlo como a un bebe, arrullarlo con palabras que dijeran el sabor del mazapán, pasarle las palabras por delante como una cucharada de dulce de leche deshaciéndose en la lengua. Pero no. Quería escribir su impotencia, todas esas sensaciones recorriéndole los pies, subiendo por las piernas, su incapacidad de escribir en el vientre, en el sexo, recorriéndole los brazos, latiendo en la garganta, su frustración hormigueándole en la punta de los dedos. Decir los amé a todos y cómo; volando como un cóndor sobre las cimas más altas, buceando como una sirena fosforescente en un mar insondable, cabalgando entre las nubes a la grupa de un unicornio alado. Y transcurrir con sus palabras como ese piano que galopa y trota después, suavemente, en cámara lenta, sobre la arena que cede dócilmente bajo los cascos, la espuma salpicando acordes. Va a escribir no puedo, pero esto tampoco puede, pues en ese momento el estéreo enmudece, interrumpiendo el galope del piano, y el zumbido de la máquina de es-

cribir se convierte en un último estertor y se para. Hoy toca interrupción del fluido eléctrico en esta zona, hoy corresponde racionamiento de electricidad aquí, hoy, por reparación de las líneas dañadas a consecuencia de los últimos atentados, hoy la gota sí, mañana la gota no, pasado la gota sí, traspasado la gota... la gota... la go... ta... ¿Sí o no? Anoche, elementos subversivos volaron dieciocho torres de ... la gota también, todos los muertos, toda la sangre, agolpados en ese momento cuando todo se detiene y es desenchufada.

No podré escribir hoy, se dice con el pelo entre los dedos crispados. No quiero volver al parque hoy y no quiero leer, no quiero hacer nada, nada, quiero hundirme en el sueño y despertar después, cuando el orden de las cosas se restablezca con el zumbido de los cables, la radio en la casa vecina, aspiradoras, secadoras, televisores, lavadoras, todo sonando, enchufándome de nuevo, acallando ese latido que no me deja vivir. Coge un lápiz y consigue escribir con fluidez: "Lunes menestra, martes tallarines, miércoles estofado, jueves pescado, viernes espinacas, sábado pollo, domingo restaurant".

La veo de espaldas mirando el mar. Dice que le ha dicho un poema y que lo quería anotar. —Hoy amanecí iluminada— añadió. Lástima que no traigo lapicero esta mañana. —Tal vez deba ir a él, que me llama, y aprender a memorizar— me respondió. El jardinero riega un macizo de flores y se sonríe. —La señora no —me dice—, ella es normal. Yo tengo aquí más de treinta años, imagínese, qué no habré visto. Antes venían aquí los niños decentes con sus amas a jugar. Ahora, mucho palomilla, mucho drogadito. Y esas señoritas, bueno, no le hacen daño a nadie. Cuando empiezan a mirar el mar así, raro, apoyadas en la baranda, entonces les converso, les sigo la corriente. Después se van, tranquilitas, a sus casas; sabe Dios quién las esperará. Pero no, la señora no es, al menos, no me he dado cuenta.

Me gusta mirar el mar desde aquí. Atrae, es cierto, como un imán. Me alejo con cierta inquietud. ¿Habrá luz esta tarde para escribir? Me pregunto.

Mariella Collazos

Nació en 1955, en Corongo (Ancash). En el colegio San Pedro de dicha ciudad realiza sus estudios y, más adelante, se gradúa en Construcción Civil en el Instituto Tecnológico Nacional José Pardo. Después de ejercer un tiempo, la otra vertiente de su formación familiar, la artística, empieza a atraerla con fuerza. Se integra al grupo de teatro Setiembre, en 1979, y trabaja con él hasta 1985. De esta experiencia nace la convicción de seguir en contacto con el teatro en las áreas de escritura de obras y dirección. Aunque no ha publicado antes, ha escrito poesía y algunos cuentos.

Lunes. Y, como cada mañana, Fausto sale a coger agua.

El mes de Mayo se acerca inmenso, convertido en un gran tapiz bordado sobre el valle, después de las últimas lluvias del invierno. Estas cayeron como agujas, tejiendo sobre la tierra los matices de la nueva alfombra de flores y cosechas que ya cubren los cuatro horizontes.

Una suave brisa, olorosa a eucalipto y yerba buena, recorre calmada y soñolienta la tibieza del día temprano. Muy de mañana, dos avecillas rojas saltaron del campanario, en hábil desafío a la soledad de la madrugada, enrumbando luego hacia el infinito, por donde se funden la tierra y la eternidad del cielo. Una tercera, lanzada en su primer vuelo, planeó ingrávida, sostenida por la gratitud del viento, surcando con su pequeño pico la quietud tierna del cielo azul, litúrgico, como el velo que acompañaba en sus rezos a mi madre.

Mayo se asoma como hace años, cuando partí una vez terminado el invierno. Hoy lo recuerdo y veo la vieja plaza, cobijada como siempre por la desnuda y tibia pampa donde correteábamos con Fausto, Salvador, Marcelina y Lucía, pestañear observándome desde sus duras bancas de madera, algunos tréboles que asoman tímidamente por cualquier lado y una pileta que agoniza de sed bajo las primeras nubes.

Era también en Mayo cuando corría por las empedradas calles del pueblo, mientras él me iba jalando las trenzas, o cuando salíamos a desfilar durante los carnavales, él siempre vestido de guerrero con plumas y cascabeles de semilla, y yo de Mamacha, con largas faldas y la lliclla que siempre le robaba a mi abuela Luzmila. Corríamos por allí, aun en Navidad, cuando nos disfrazábamos de negritos y Reyes Magos para la velada anual de la escuela.

Hoy, Fausto, ya de vuelta, cruza esa plaza con sus baldes rebosantes de agua. Como puntos suspensivos va dejando tras él las huellas del río.

Día nuevo.

Libres se deslizaron las últimas gotas de rocío, estrellándose en la tierra fresca. No muy lejos, una hilera de encinas se sacude de la madrugada y los eucaliptos, aún con sueño, cabecean olorosos, acompañando al humo que sale de las cocinas por las tiznadas ventanas llenas de cerquillos de paja.

Fausto vuelve a salir hacia el río a coger agua.

Con atados de leña y yerbas vuelven hombres y mujeres de las chacras. Se saludan con él y algunos lo abrazan felicitándolo por algo. Cargando un yugo viejo, mi padre viene a lo lejos y sobre él se recuesta el sol que baja por la misma quebrada. El nuevo día cae sobre su frente brillante, abanicándole el cabello blanco como hilachas que ha dejado el tiempo. Fausto se detiene y lo saluda reverente al encontrarse los dos en la curva del Mirador. Más abajo, por aquella loma de tunas y retamas, dos bueyes suben lentamente marcando sus pisadas bajo el barroso y sudado pellejo que vuelve de surcar la tierra. Tras ellos, azuzándolos y masticando hojas de muña, viene el viejo Jacinto, protegido por su añoso sombrero de paño que guarda las huellas del tiempo. Le grita a Fausto y, con un gesto en el aire, lo saluda; escucho mencionar a Eufemia y él camina con el nombre de ella siguiéndolo junto a su sombra. Avanzan sobre los cascajos de aquel sendero, envueltos en la hierática claridad del cielo.

Paseábamos por aquel lugar, por ese bordeado de pencas y llantén donde él siempre corría a ganarme, pese a cargar siempre sus atados de alfalfa o ramas secas para la leña. Cansados, nos entreteníamos capturando sapos a los que bautizábamos con nombres de ilustres hombres de la patria. El nunca los maltrataba y hasta me pateó más de una vez cuando intenté jugar tiro al blanco con alguno de sus panzones, pequeños y húmedos héroes de la independencia.

Otro día más y Fausto, bostezando de sueño, llega hasta el río saltando sobre las piedras grandes.

El sol ya despunta empujando a la madrugada. Desde lo alto, apoderándose del cielo, descubre los reflejos del río que pasa calmado como una vena cristalina. Allí, Fausto llena sus baldes y vuelve apurado por el camino viejo. Una hilera de sauces le hace sombra en su regreso al pueblo. Nos hacía sombra cuando volvíamos descalzos, luego de cruzar el río. El me ayudaba a cargar a Eufemia, mientras yo llevaba su balde y el mío. Luego, nos deteníamos a la entrada del pueblo a chupar el dulce del mancaullo silvestre. Mientras un candoroso latir nos abrigaba las sonrisas, Eufemia, mirándonos con sus inquietos ojos de hormiga, moqueaba sentada entre dos piedras.

Uno tras otro se siguen levantando los días, desperezándose hasta llegar al domingo que despierta con el tañido de las campanas anunciando la misa. El lo sabe y apura sus pasos metiéndose entre las calles con dirección a su casa. La añosa iglesia de ventanas grandes, torpemente tarrajada de colores sobre el antiguo adobe, mira al día con los ojos del cura. Vuelve a sonar y él retorna a la plaza acompañando a mi hermana Eufemia, quien lleva entre sus manos aquel velo blanco que fue mío y que alguna vez él me regalara en la escuela.

Entonces hablábamos de cuando pasara el tiempo, de cuando fuéramos más grandes y pudiéramos andar hasta después de las seis en la calle, sin que nuestros mayores nos estuvieran llamando la aten-

ción; hablábamos de caminar juntos por el resto de nuestras vidas como si tuviéramos todo el mundo por delante. Entonces era así y el viento del norte se llevaba alegremente, siguiendo la ruta de la tarde, nuestra ingenuidad.

Ahora salen de la iglesia envueltos en sus rezos y un canto dulce los despide a sus casas. Fausto regresa de hablar con el cura, de contratarle la iglesia para el sábado por la noche; ya la están pintando mientras algunos alumnos de la escuela cambian las viejas tejas del campanario que el invierno terminó por desteñir. Veo el zaguán de mi casa adornado de margaritas, magnolias y cartuchos blancos y a mi madre sentada en una de las gradas, sonriéndole a todo el que pasa. Unas cuadras más allá, luego de salir de la iglesia, Eufemia, cubriendo sus trenzas con el velo, vuelve del brazo de Fausto entre las sombras de la plaza.

Desde este lugar vigilo al pueblo y al camino viejo que se me escapa entre las casas. Ya no se acuerdan de mí ni el sauce aquel, eternamente quieto, ni la hilera de encinas. La misma brisa que recorre el firmamento abanica mis recuerdos para luego perderse en la angostura del paisaje. Comprendo los años que han pasado desde que partí cuando aún era niña. Ahora reconozco esa distancia del tiempo en los rostros de Fausto y mi hermana.

Hoy, ya sin sus baldes, lo veo cruzar nuevamente. Lo veo venir hacia mí atravesando el puente al que alguna vez, inútilmente, intentamos grabarle con las uñas nuestros nombres. Viene huérfano de miradas, recogiendo en los costados del camino flores amarillas de retama, alhelí silvestre y llancara que acomoda entre sus manos. Y, mientras sube apurado, el jadeo de su pecho se pierde en el murmullo espumoso del río que se aleja lacerando sus orillas.

El, acomodándose el sombrero, se detiene frente a mí. Sobre el cerro donde siempre lo espero, correteando por entre la paja y la grama silvestre, el viento de Mayo le agita las flores que, una a una, me entrega, para luego despedirse en silencio. Quisiera seguirlo, decirle algo, pero él se aleja como todos los domingos, luego de persignarse frente a mi frío nombre, por el camino que separa al pueblo del cementerio.

LA LAGRIMA

Esther Andradi

Periodista de carrera, nació en la ciudad de Ataliva, en Argentina, en 1950. En Rosario obtuvo la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. En 1975 llegó al Perú y aquí se desempeñó como periodista en diarios y revistas, hasta 1983, año en que fijó su residencia en Berlín (Alemania). Ha publicado "Ser mujer en el Perú", texto escrito en colaboración con Ana María Portugal, y "Chau Pinela", colección de relatos aparecida en Lima, en 1988. En el concurso de cuento "Magda Portal" obtuvo una mención especial.

La estrella de Navidad le había salido barata. La mitad de lo que le hubiese costado en la florería de enfrente, esos canallas que quieren hacerse ricos a costa de las plantas. Claro que la había comprado en el supermercado, así que ya se había hecho a la idea de que mucho no le iba a durar. Con que le durase nomás lo que la Navidad, después qué le importaba. Así que puso la Estrella en la ventana de la cocina, la que da al patio de atrás, para que le diese el sol como corresponde.

Aunque parezca mentira, en ese lugar no le crecían las plantas como ella hubiese querido. Alguien le había dicho que no se dan bien en lugares donde se maltrata a los vegetales. Sería como pretender que saliese bueno un chico criado en un matadero. En Auschwitz, por ejemplo. En ese caso, no se le había ocurrido mejor centro de torturas para plantas que la cocina. Donde se pica el perejil, se trituran las espinacas, se machacan los ajos, se exprimen las naranjas, se despedazan los melocotones y albaricoques, se cortan los tomates, se trozan las cebollas, se pelan las papas...

Por lo pronto, la única planta que hasta ahora se había mantenido intacta en la ventana de la cocina era la albahaca. Aunque le quitase un par de hojas casi una vez por semana, para condimentar

los tomates, la albahaca no se le resistía; al contrario. Cuanto más la necesitaba, mejor se le daban sus hojas. Cuanta más albahaca a la comida le ponía, más jugosa era la ofrenda. La albahaca crecía y crecía con fuerza y rigor propios de aire libre, como si su instinto vegetal hubiese olvidado los límites que la constreñían al rincón de la ventana de la cocina. Claro que todavía tenía lugar para crecer hacia arriba, y luego habría podido ocupar ambos flancos hasta dominar el espacio de la ventana, si es que ella no hubiese puesto ahí la Estrella de Navidad.

Y cuando alguien se atrevió a comentarle aquella antigua creencia de que la albahaca es celosa, ella había sonreído, como única respuesta. Lo único que faltaría, pensó. Que las plantas sean peores que la gente. Absurdo.

Le había salido barata, de modo que cuando aquella mañana vio que la Estrella ni siquiera había podido mantener vivas las dos únicas flores con que la había comprado, pensó que, en el fondo, las plantas no deberían comprarse en supermercados. Y se acercó para mirarla. Agua no le faltaba. Cuando sus dedos rozaron el borde de la maceta, descubrieron la tierra todavía húmeda del día anterior. Fue entonces cuando la vio. Era una minúscula gota recostada sobre la hoja más verde de la Estrella. En un primer instante no le dio importancia. Será un resto del rocío que ayer le había dado con el vaporizador. Pero la gota brillaba tanto que no había podido con la tentación de querer aplastarla entre los dedos, como si fuese una pompa de jabón en miniatura. Tocarla fue saber que eso, que parecía agua, tenía consistencia de gelatina, era persistente como la goma y cualquiera se habría asombrado de que algo así anduviera entre plantas. Algo que brilla como el agua, que se hace pasar por transparente y que es sólido como la laca. Algo que envuelve sin ser notado, que se adhiere a la materia como lapa ¿dónde se ha visto?

Pero ella no se había detenido ni un instante a pensar lo que consideraba estupideces, sacó rápidamente su dedo de ahí y se puso a comer un yogurt. Tampoco había querido tomar en serio una cierta inquietud cuando le pareció percibir que la piel que había estado en

contacto con la gota se mantenía pálida, como si la sangre no circulase. Después, había querido tomar la hoja afectada para tirarla a la basura.

Fue entonces cuando sintió que la gota que estaba por encima era sólo la punta del iceberg y que toda la superficie debajo de la hoja había sido ya tocada por la goma, de la cual, ahora sí, no le había sido fácil desprenderse. Arrancó la hoja con determinación y la echó al tacho de la basura. Al diablo con las plantas de la ventana de la cocina.

Sólo algunos meses antes, la begonia había corrido la misma suerte. De un día para otro no había quedado nada. Y eso que no tenía flores rojas sino rosaditas, pequeñas, un primor, le decían todos cuando venían a admirarla a su ventana. La peregrinación de elogios no duró más de tres o cuatro semanas.

Peor destino aún le había tocado a aquel ejemplar de helecho que le regalaron para su cumpleaños. El pobre no había tenido siquiera tiempo de ser admirado. Casi de inmediato se volvió amarillo y falleció tan pronto que a ella se le había dado por hacer la relación entre la accidentada vida del helecho y sus años.

Y eso que no quería acordarse de las petunias ni de la vid ni del charol ni de la azucena, que en paz descansen, que un destino similar los había atrapado en la ventana de la cocina.

Que ahora estuviese pasando lo mismo con la Estrella de Navidad le había parecido demasiado. Está bien que le hubiese salido barata, pero algo tendría que poder hacerse, pensó, cuando su mirada se fijó en el enérgico verdor de la albahaca. Tan rotunda, casi agresiva. ¿Y si la cambiase de lugar? Quizá las plantas de lujo no se den bien con las de todos los días. Tal vez, las plantas que no pertenecen a la cocina no puedan convivir con las de este mundo de pica y requetepica y dale que te requetedió con el cuchillo y el tenedor de todos los días de la nutrición... ¿Mudar la albahaca de ahí? ¿Y dónde la pondría? ¿Y si la hiciese desaparecer...?

La Estrella amaneció envuelta en un moco único y brillante que la dejó latiendo, como embobada, al borde de la ventana en la mañana

de sol. Cuando se llevó lo que quedaba de la Estrella, le pareció oír algo al borde de la ventana. Se volvió para mirar la albahaca, soberbia, sin gota de ninguna especie que atacara ni el verde ni sus olores. Y la odió, la odió con todas sus fuerzas.

No sintió nada. Ni siquiera en el momento en que quiso abrir la ventana de la cocina y le pareció que algo se adhería a sus manos. Algo que brillaba como una gota, que parecía transparente, pero era sólido como la laca y persistente como la goma, que envolvía y se pegaba a una como lapa, que la aislaba del mundo, y que le estaba dando a su cuerpo la textura eterna y transparente de la crisálida.

Cuando comenzó a sentir ya no había nada que hacer. En pocos minutos se acabaría el oxígeno dentro de esa cápsula que la había rodeado, haciéndole latir estúpidamente sus estertores al borde de la ventana bañada por el sol. Como en sueños, derrumbándose entre babas, alcanzó todavía a ver la lozanía de la albahaca, radiante, creciendo hacia lo alto, desde donde vertía su lágrima, la lágrima de la muerte.

Era ella, la celosa, la única, la elegida, la olorosa, cubriendo todos los flancos, inclinándose hacia la ventana con las hojas húmedas, como con nostalgia del mundo, en medio del altar de la cocina, donde diablo y dios convergen y todo lo que moleste viene a ser destruido, deglutido por su propia sombra, por su propia ley.

COMO LA YERBA

Ena Victoria Ayala

Nace en 1948 en Huanta, Ayacucho. Opta por la docencia y hace sus estudios en la Escuela Normal Superior La Asunción de Huancayo; desde entonces siempre ha trabajado como profesora. Como tantas otras autoras que se presentaron al concurso "Magda Portal" es una escritora clandestina que antes no dio la suficiente importancia a este quehacer secreto; ha escrito otros cuentos y también poesía en quechua, los cuales nunca ha publicado. Su relato "Como la yerba" es el único de esta selección en el que nuestra lengua ancestral se encuentra presente.

- **A**h, don Serafín, lo que es el hombre; razón tenía mi madre cuando decía que la vida es una llamita en la punta de la vela, puesta en un lugar donde sopla el vendaval.

- Extraño me parece, ayer nomás, en la madrugada, me topé con ella, cabalgaba camino abajo como siempre, acompañada de Cleofé.

El viejo campanario de la iglesia, que desde hacía tiempo no dejaba oír su repique, doblaba lastimeramente como ayer, anunciando la despedida de una forastera.

- ¿Serán los de este bando o serán los del otro los que han causado esta desgracia?

- Nunca lo sabremos, doña Eulalia; en estos tiempos ya nadie habla, sólo miran y callan como nuestros molles y nuestras piedras. Pero si ella pudiera hablar lo sabríamos, solamente ella la acompañaba.

El negro manto de la noche descendía lentamente y envolvía el caserío. A lo lejos se oía el aullido de los perros, uno que otro disparo desgarraba el himen del silencio; los acantonados de hace una semana espantaban con su FAL a los extraños que pudieran merodear.

Las mujeres y los hombres, cubiertos desde hace tiempo por la ceniza del dolor, seguían el pobre cortejo fúnebre. Adelante, marcha-

ban en procesión las velas lagrimeantes que, con el soplo del viento, se apagaban. El cadáver, envuelto en una raída frazada, descansaba sobre una improvisada angarilla que don Santos, el viejo carpintero, había fabricado para el inesperado y doloroso momento.

Eran los hombres quienes trasladaban el "féretro" y, ya mordidos por el "quemado", lanzaban de rato en rato sollozos e injurias contra otros hombres que quebraban los juncos y las vidas que en esa ribera crecían.

Don Justo, el responsero, desgranaba sus letanías por el alivio del alma de la finada:

— Almas benditas, Santos del purgatorio.

Cristiano masiy runa ñoqallapi ispijuyky

Diosninchicta manchacuspá yuyaihuanña causacunki

"Mana huañuq jina llamkai, huañuq jina kausai".

Ichaqa Diosllay , maichica cutim kausaniku

mana huañuq jina: kay pachallaman sonqoyoq,

qarnta piñachispa almaycuta qonqarispa.

Huañuimanta manam pipas llutpiyta atinchu,

maipiña kaptinchiqpas huañuiqa tarimuwuasum punim.

Huañuiqa chai chakillahuanmi yaicun apup huasinta,

huakchap chucllantapas.

Arí, imawuanraq huañusun? Cuchillupichuch, navajapichuch,

baliasqachuch, rayup chitqasqanchuch

Pantaq runa uyariykui: huañuinikim caillapiña,

sonqoikitam cachumunqa, ña puniñam asuicuchkan.

Qapaq caqpas, huakchallapas, ñaraq machu, ñaraq paya.

Kaypi wayna, kaypi sipas tucusunchic chiri ayam.

Imatam tarpunki chaitam juñunki; juchallata tarpuspaqa

juchap rurullantataqmi juñunki.

¡Maymi allin rurasqaiki! ¡Utqai runa, qahuachiwuay!

Diosllay, qampaqa manam ima pacasqa canchu, tucuitam

qahuanki ucuitapas cunan qahuachankim chilinaycama.

"Yuyariy huañuq runa casqaikita, jinaspaqa manam

juchallicunkichu"
ninmi Taitanchic.
Jinataq cachun. Amén.

Almas benditas, Santos del purgatorio.
Cristiano, hombre como yo, soy tu espejo;
a nuestro Dios temiendo con entendimiento vive.
"Trabaja como inmortal, vive como mortal".
Pero, Dios mío, cuántas veces vivimos
como inmortales, con el corazón en este mundo
ofendiéndote, olvidando nuestras almas.
De la muerte nadie puede escapar,
donde estemos la muerte siempre nos encontrará.
La muerte, con el mismo pie, entra en la casa del rico,
también en la choza del pobre.
Sí ¿Con qué cosa moriremos? ¿Si con cuchillo, si con navaja,
abaleados o partidos por el rayo?
¡Equivocado hombre, escucha! Tu muerte está aquí cerca,
tu corazón morderá, ahora mismo se acerca.
Así seas poderoso o pobre seas, ya anciano, ya anciana,
aquí mozo, aquí moza, acabarán fríamente nuestros cuerpos.
Aquello que siembres eso cosecharás. Si sólo pecado siembras,
fruto de pecado solamente juntarás.
¿Dónde está el bien que has hecho? ¡Apúrate hombre, muéstrame!
Dios mío, para tí nada hay oculto,
todo lo ves, mi interior ahora mismo ves hasta la médula.
"Recuerda que eres hombre mortal, entonces, no cometas
/ más maldad",
dice nuestro Padre.
Así sea. Amén.

- No hay pariente que le lleve luto, a pesar de que el comisio-
nado puso mensaje en "Radio Andina".

- ¿Será cierto, don Serafín, que la finada, que en paz descansa, era como siempre decía solita en el mundo como la luna en el alto cielo? Por allí escuché que había tenido una pareja de hijos, pero así como Dios se los dio también se los quitó; que esposo tuvo, pero que se fue con otra más joven que ella, y de toda esa vida que llevó sólo le quedaron los recuerdos y su fiel compañera, Cleofé.

Cuando callaba don Justo, el responsero, los niños de la escuela dejaban oír sus dolidas blancas voces entonando el "Caminando vamos juntos". Cleofé también caminaba confundida entre la gente, sin entender lo que sucedía, sólo sus redondos y grandes ojos expresaban la tristeza por la ausencia.

Una joven de rebozo negro, cuyo rostro reflejaba la amargura de su alma y cuyos ojos derramaban un copioso llanto que brotaba impetuoso de su pecho, extraía del cuenco de su falda frescas flores de retama y salpicaba el camino, mientras sus temblorosos labios musitaban una plegaria.

Y, por última vez, don Justo, el responsero, despedía con su dolorosa letanía el cuerpo inerte que a la fosa descendía.

— Santos del purgatorio, Almas benditas.

San Gregorio yayallanchic purgatorio ukumanta
almakuna qapariqta uyarirqa:

Jatariylla qonqaq runa puñuiraqchum chayasunki

Juchallaiqawuam huatasqaña rupachcani

ninamanta cadenayoc, ninamanta grillosniyoc,

yantallachuch kayman karqa ascamallach uchpayaiman.

Caiypachapi causaq runa, huakcha almam qayasunki,
ailluykuna llapallaiki ama qonqallahuaychikchu.

¡Ananallau! ¡Acacallau! ¡Imañataq kay rupaiqa!

¡bendecisqa yacullahuan kay ninata tasnuicuychic!

Kaypiraqmi runa masiy yahuar hueqeta wuaqasunchic.

Purgatorio huasillaqa ancha sasam kacullasqa,

muchuikunap casqan huasi, huaqachicucq ancha huasi.

Josafat pampallapiñam tincucq kaspá tincusunchic

Diosman yachay qonanchikpaq chaikama almaikita qespichinki.

Qapaq Jesús Taitallay amaña piñacuiñachu
qollanan yahuarnikiwuan kay ninata tasnuicuwuay.
Jinataq kachun. Amén.

— Santos del Purgatorio, Almas benditas.

San Gregorio, Santo nuestro, desde lo profundo del purgatorio
a las almas gritando ha oído.

¡Levántate ya, olvidadizo hombre! ¿Todavía el sueño no te deja?

A causa de mi pecado amarrado estoy, quemándome
con cadena de fuego, con grilletes de candela,
si leña hubiera sido poca ceniza hubiera dado.

En esta tierra en que vives, hombre, un alma pobre te llama.

Familia mía, todos, no me vayan a olvidar.

¡Qué dolor! ¡Qué quemazón! ¡Hasta dónde este calor!

¡Con agua bendita este fuego mitiguen!

Aquí todavía, mi semejante, lágrimas de sangre lloraremos.

La casa del Purgatorio muy difícil había sido,
casa de hambruna, casa de abundante llanto.

Cuando sea el momento de encontrarnos, en las pampas de

/ Josafat nos hallaremos;

para dar cuentas a Dios, hasta allí llegarás con tu alma.

Todopoderoso Jesús. Padre mío, ya no te molestes,

con tu excelente sangre apaga ya este fuego.

Así sea. Amén.

Tras la última palada de tierra y enjugada la última lágrima por
la maestra desaparecida, algunos se disponían a dejar el camposanto
mientras Anatolia, la joven del rebozo negro y rostro desencajado,
buscaba con la mirada y llamaba con el alma a Cleofé.

— Niñita Cleofé, déjame acariciarte, deja que el calor de mi
mano te abrigue; tú y yo ahora huérfanas. Los defensores de la Patria
y de la vida también segaron a los míos; uno a uno quebrados fueron.
¡Malaya, niña, quién me diese alas como de paloma, volaría yo también
y descansaría! Pero, niña, es el destino quien nos quiebra como puede

y cuando quiere.

Niñita, yo estaba tras el tunal recogiendo la cochinilla cuando Benedicto pasó cargando su talega de pan —uno de tantos encargos que cada mañana cumplía para ganarse el sustento de cada día—; allí nomás la patrulla le ordenó que se detuviera. Pobre Benicha, jamás oía, jamás hablaba, sólo reía; su alma era blanca, era limpia. Al ver a los soldados apuntándole con el arma, soltó la talega y echó a correr, las balas silbaron y, en ese instante, aparecieron ustedes; la maestra se apeó de su "Destello" para impedir las balas asesinas, pero era tarde.

Niñita Cleito, la vida de la carne en la sangre está. Benicha caía al suelo vomitando negra sangre y la maestra, tu dueña, también caía traspasada por una cruel bala. Así se fue el alma volando y se quedó el cuerpo mortal.

Niñita, del hombre como la yerba habían sido sus días; florece como la flor del campo, pasa el viento y ella perece.

Niñita, no te quedarás sola, irás conmigo, te daré cariño, te daré abrigo y tú me darás consuelo.

Los acompañantes, uno a uno, se alejaban del cementerio dejando a los muertos en la paz y en el silencio, mientras Cleito, arrastrando las orejas largas y moviendo la colita corta, seguía lentamente a Anatolia camino abajo, a la quebrada, allí donde las cochinillas dan de comer a los huérfanos y el calor del sol madura el fruto de los tunales.

Catalina Lohmann

Nacida en Lima, en 1952. Estudió Literatura en la Universidad Católica y fue profesora de Lengua y Literatura en los colegios Weberbauer y Franco Peruano, así como en el IPP. Actualmente, trabaja en una Empresa de Servicios Literarios, de la cual es socia, realizando guiones, argumentos y correcciones de estilo para empresas y medios de comunicación. También prepara libros de lenguaje para la Editorial Santillana. Hace ya algunos años que practica la narrativa, pero nunca había publicado ni participado en concursos. En el que organizó Flora Tristán obtuvo una mención especial.

¡Un cuarto para las siete! ¡Tardísimo! Corrí, corrí hasta la esquina. Aún no lo veía, pero lo escuchaba llegar. A esa hora de la mañana, es el único sonido de mi barrio. Qué digo sonido, gemido es la palabra. ¿Ah? ¿En el tuyo no? Cómo será donde tú vives, pues.

Lo alcancé, subí. Di los buenos días a todos, porque, a esa hora, los cuatro gatos que somos nos saludamos con cortesía. Después ya no, más tarde la cosa es distinta.

Como te digo, estaba aún vacío. Y todo destartalado: los asientos desvencijados y el suelo apestando a gasolina. Felizmente, a esa altura de la Angamos se tiene el privilegio de encontrar asiento. Una se debe fijar en dos cosas: primero que nada, evitar las ventanas sin vidrio que son odiosas. Lo segundo es buscar el lugar más resguardadito, previendo futuras situaciones incómodas: codazos, frotadas de sátiros, pisotones, etc.

No distinguí aún al cobrador. Podía ser cualquiera de nosotros, los que íbamos sentados. Esa situación de no saber quién es quién siempre me ha incomodado, qué quieres que te diga.

El carro avanzó despacito, como desperezándose, ¿no? Sin ningún apuro. El chofer, un grandazo bigotón, paraba y aguaitaba en cada

esquina, con la esperanza de encontrar clientela desprevenida. Esperaba con toditita su pachorra, daba los buenos días educadísimo y el carro seguía su caminata, solito por la avenida.

Al llegar a la Arequipa se llenó el micro y el cobrador se desmascaró, al fin. Era un cholón despeinado, embluyinado, de ojos y manos ágiles, que se creía mismo gerente del caos. Bien mandón, oye. ¿Qué? Claro que conoces otro igual, si toditos son así de atorrantes.

Llegamos sin novedad al zanjón, pero en Scala todo Surquillo se trepó al micro. A pesar de mi ubicación estratégica, comencé a sentir los apretones, sobaderas, canastas, loncheras, maletas y, sobre todo, mugre. ¡Cuánta mugre! Pero en el cruce con la Atocongo subió otro manchón de gente. Ahora sí que ya nos quejamos, no puede ser. ¿Hasta cuándo va a meter más gente? ¡Ya no cabemos!

Los Sentados, solidarios a pesar de todo, nos olvidamos del privilegio que da ser un precursor y nos acomedimos a cargar bultos y niños ajenos. Aquello era un enredo de piernas, cabezas, brazos y pies. Atroz. Te digo que atroz.

El problema era la hora. Esa cosa no avanzaba y la gentil terquedad del chofer de seguir recogiendo náufragos se nos hizo insoportable. Adentro no nos podíamos mover, te lo juro. Estricta inmovilidad. Cada vez que alguien bajaba se tenían que apeaar ocho y luego volver a subir. ¿Te imaginas? Y el de las manos ágiles, ajeno a todo sufrimiento, resondraba a los egoístas que guardaban un poco de aire para sí mismos. ¡Qué lisura! Compadrito, el de chompa amarilla, ya pe, arrímate, al fondo está vacío. Avanza, avanza atrás.

Pero fue el chofer quien prendió el fósforo del estallido: por enésima vez paró en una enésima esquina buscando el enésimo náufrago. ¡Ah, no! qué indignación. Entonces, ocurrió: una mujer de rayas y cuadros le increpó bien feo, le dijo que ya estaba bueno, pues, que iba a llegar tarde. El cobrador, bien atrevido, le señaló el cartelito de junto a la calatita: "Si salió tarde, no es culpa del chofer". Entonces la turba, o sea nosotros, tomó posición, conciencia, y avanza no más

qué esperas, y qué te has creído, insolente, y un poco de respeto al usuario, abusivo.

Ahí, la Dictadura se dividió: Manos ágiles siguió increpando, pero el chofer obedeció calladito. Ya estaba hecho: el micro era nuestro.

En esta pugna tan tirante anduvimos un buen trecho. Con el local tomado, el del timón no se atrevió a ir contra nuestros intereses de clase. Ya estaba demasiado desprestigiado y, con la presión social que ejercíamos, no peleó más. Hasta el ahorado cobrador se dio por vencido. Sólo nos miraba, amargo, colgado del estribo.

Así, jadeando, llegamos hasta el Puente Chacarilla. Ahí nos paramos a dejar a la mujer de rayas y cuadros que se bajó entre vítores y aplausos. Por supuesto que se fue sin pagar, en señal de protesta por los maltratos recibidos. Unos a otros nos miramos, buscando un nuevo líder que nos representara adecuadamente. Pero no tuvimos tiempo de decidir en democracia porque, de pronto, vimos un montonón de gente que pretendía entrar a nuestra comunidad. A pesar de nuestro aullido de horror, apretones y pisaderas, la Dictadura nos arremetió a toda la mancha adentro. La situación era precaria. El micro se ladeó peligrosamente y avanzó bamboleándose, como una chalana en plena tormenta.

Con el revoltijo de los recién llegados, pero sobre todo aprovechando nuestra horfandad, el chofer midió fuerzas y recuperó el local. Entonces, ocurrió lo peor: ¿conoces ese rompemueller gigante frente al Centro Comercial? ¿No? Claro, tú no vas por Monterrico. Bueno, pues, el grandazo decidió que no pasaba por ahí con tremenda carga humana. Entonces, agarró la otra vía y se metió contra el tráfico, para evitar el salto y la caída fatal. Ahí nos enredamos con otro micro, perdimos diez minutos y todas nuestras esperanzas de llegar a tiempo. Desesperados, volvimos a escuchar nuestra voz. No sé cómo, no me lo preguntes, empecé a escuchar la mía por encima de las demás. Cuando me vine a dar cuenta, ya estaba reemplazando a nuestra anterior lideresa. Tú sabes que yo no soy de laberintos, nunca lo he sido, no tengo ambiciones políticas. Además,

este nuevo status de Secretaria General me hizo perder privilegios, no creas. Porque ¿dónde se ha visto que un dirigente esté sentado? ¿Tú has visto? No, pues. Así es que me tuve que parar para escuchar mejor los reclamos de las bases.

Mi primera tarea fue organizar a los compañeros democráticamente y asumir de nuevo la conducción de la carcocha. Personalmente, obligué al grandazo a tomar la vía correcta y nada de desviacionismos desde ahora. La segunda, fue el solemne juramento de no dejarnos vencer jamás por nuevas coyunturas. La solidaridad creció, hermana, y de pronto todos entramos de lo más bien en este pequeño espacio, pero que era nuestro. Teníamos lo más importante: el poder. Pero para mí, como dirigente, fue algo bien difícil: tuve que convencer a los Sentados de compartir sus privilegios: el poder los había corrompido y se creían la clase social dominante. Trataban a los Recién Llegados como si fueran advenedizos. Y no, pues, ahí todos somos iguales. Además, estaban los amarillos, de esos que quieren romper la unidad quejándose de todo, sin comprender las ventajas de haber tomado el poder. No faltaba el del tufo que, te lo juro, a esa hora de la mañana es de lo más palteante. El pata seguro no había dormido la borrachera y lanzaba opiniones tan desatinadas que no sabíamos si estaba con nosotros o con la Dictadura. Los Recién Llegados no entendían nada, así que me vi obligada a explicarles la dialéctica de nuestro movimiento y las luchas que nos condujeron al poder. Por último, tuve que integrar también a la pituca de taquitos que nos miraba con cara de asco y no quería participar en esta histórica tarea. No te rías, terminé muerta.

A todo esto, ya estábamos por el Golf y la democracia avanzaba firme y segura hacia el paradero de la Universidad. Permiso, aquí me bajo, cóbrese, pago mi pasaje para que luego no me acusen de haber tomado ventaja. ¿Y qué crees? Los pasajeros no me dejaban bajar, alegaban que yo estaba comprometida con ellos, que el gobierno se descalabraba, que no llegarían a destino, que aquello era una traición. ¿Puedes creer? ¡Qué tal raza! Yo no voy a llegar tarde a mi clase de Materialismo Histórico por liderar a un micro de locos. Yo no voy a

sacrificar mi futuro por defender una revolución inútil, y menos en una carcocha tan cochina y miserable como ésa.

¿Por qué me miras así, oye? ¡Qué! ¿Revolución permanente, lucha de clases? A mí no me interesa eso, ya pasó a la historia, ya mancó, son cosas del pasado. La perestroika se instaló y el Muro de Berlín se vino abajo. Ahora seremos un país de propietarios. Lo demás, es comunismo. Pura teoría universitaria... ¿Qué? No hijita, en este país el que grita más fuerte es el que gana. Ya, ya. Será seguridad de clase, como tú dices, pero ya ves que funciona regio. Además, la política es una porquería. Ahí mismo entra la corrupción y comienza el relajo. Y si no, acuérdate de los Sentados. Así es toda la vida, pues. ¡Pero qué me dices, ellos no eran mis compañeros! Pasajeros no más, que es bien distinto. ¡No, yo no he traicionado a nadie, al contrario, les hice un favor y ni siquiera me lo agradecieron! No me sigas diciendo eso, porque me ofendes. Contigo no se puede hablar. ¡Pituca será la de taquitos, porque yo me sé codear con todo el mundo y sin asco! Tienes ideas extremistas. Nada, nada, no me digas nada... Oye, Lucy, ¿no serás terruca, tú?

MATERNIDAD

Ana Domínguez

Natural de Santiago de Chile, donde nace en 1915, es peruana por matrimonio. En su ciudad natal estudia en la Escuela de Servicio Social durante dos años y abandona la carrera para casarse. Desde entonces se ha dedicado a su casa y a sus diez hijos. Sus antecedentes en la narración se hallan en los cuentos que creaba para entretener a sus hijos y que jamás escribió. De la espontaneidad y la frescura de la literatura oral, ha pasado ahora a la literatura escrita con este relato, que es el primero que publica.

Nadie puede precisar exactamente cuándo fue vista por primera vez. Un día, la casita junto al río apareció remozada, las ventanas abiertas al sol, macetas, sillas con cojines en la terraza y luces encendidas por la noche.

A veces, la veían paseando por los campos o haciendo sus compras de mercado. Era joven, esbelta, distante y tan frágil que la gente se asombraba de su perpetua soledad.

Al principio causó extrañeza, pues no era usual ver desconocidos en el pueblo. Poco a poco se fueron acostumbrando. Las vecinas que la encontraban debían conformarse con una sonrisa cordial, un saludo educado y, a veces, una que otra frase sobre la belleza del sitio o el estado del tiempo. Nadie se atrevió a hacer preguntas y pronto todos renunciaron a querer su amistad. Su figura silenciosa, que no pedía ni daba nada, llegó a formar parte del paisaje.

Había alquilado la casita junto al río, o la casa del sauce, como la llamaban porque tenía en su jardín un gran árbol cuyas ramas se bañaban en el río y daban sombra en las horas de calor. Pagó un año por adelantado entendiéndose sólo con el corredor. Nunca se interesó por conocer al propietario. Los muchachos del pueblo la buscaron, pero sólo encontraron gentiles negativas a sus intereses.

En el café del pueblo hablaban de ella con admiración y curiosidad. Los jóvenes hacían apuestas sobre quién sería el afortunado que conseguiría sacarla de su silencio. ¿Tendría alguna enfermedad incurable? ¿Sufriría una fuerte desilusión amorosa? Todo quedaba en suposiciones. El tiempo pasó sin que nada cambiara y la gente dejó de interesarse.

Vestía con elegancia y su porte era altivo y distinguido, siempre amable, la sonrisa a flor de labios, pero impenetrable.

Hubiesen deseado saber en qué ocupaba su tiempo; capaz pintaba o era escritora. Nunca nadie lo supo.

De repente, volvió a ser tema de conversación; se la veía más gruesa, sus marchas eran más lentas y ya no lucía tan airosa. El pueblo entero supo que estaba embarazada. A veces se ausentaba por dos o tres días y regresaba tan ausente y solitaria como antes.

Una vez, su ausencia fue más prolongada. Los vecinos temían que no volviera, pero al cabo de unos días se la vio llegar radiante y trayendo en sus brazos un bebe al que contemplaba con felicidad.

Las mujeres del pueblo pensaron que era el momento de visitarla, llevarle obsequios y ofrecer su ayuda, pero ella no les dio la oportunidad, pues permanecía en su casa y sólo sacaba a su bebe a tomar el sol del jardín. Se las arreglaba sola. No pedía ni preguntaba nada, no hablaba con nadie y era feliz paseando y jugando con su niño.

La vecina más próxima, que era María, decidió visitarla, pues ella no tenía hijos y sentía gran cariño por los niños. Al principio sólo cruzaron palabras corteses, pero luego sintieron afinidad y algunas veces se reunían para hablar sobre los progresos y necesidades del niño. No hubo explicaciones ni María preguntó nada. Las unía solamente el cariño por el bebe.

Pasó un año. Renovó el contrato pagando, como siempre, adelantado y las cosas no variaron para nada durante cuatro años. Sólo esporádicas conversaciones con María y siempre relacionadas con el niño.

Un día, la vecina se extrañó de no verla temprano regando su jardín y pensó que podía estar enferma y necesitar ayuda. Al acer-

carse a la casa vio al chico solito sentado en las gradas. Su carita estaba bañada en lágrimas y miraba a María con ojos suplicantes, pero sin decir nada. La mujer se acercó, lo acarició suavemente preguntando el motivo de su pena y dónde estaba mamá. El la miró detenidamente y, después, entre sollozos, le dijo: "Mamita está muy blanca, no habla, la llamo y no responde".

Algo raro sucedía y era preciso saber la explicación. Adivinaba que necesitaban ayuda y era preciso intervenir. María fue entrando poco a poco a la casa, no deseaba parecer intrusa pero algo le decía que debía seguir. Por más que dio voces llamando, nadie respondió. Su inquietud iba creciendo y, cada vez más intrigada, llegó hasta el dormitorio.

Ahí vio lo que no podía imaginarse. La madre yacía en la cama con su dulce rostro blanco como el papel, sus ojos cerrados daban la impresión de un sueño profundo. Toda la actitud era apacible, pero su color era de muerte. En puntas de pies, como para no despertarla, se acercó, la llamó, la tocó y estaba helada. Su corazón le había jugado una mala pasada y se había detenido sin previo aviso.

Apenas repuesta de la fuerte impresión, pensó que había que actuar rápidamente. Su idea era no alborotar al pueblo sin antes buscar algún dato que permitiera la identificación y así ayudar al niño. Regresó al jardín, se acercó al pequeño diciendo "cuéntame, qué ha pasado". Dejando de llorar, él respondió "Mamá no quiere que yo hable con extraños, pregúntale a ella".

La pobre mujer se quedó un momento perpleja sin saber qué hacer ni qué decir. Comprendió que no conseguiría nada por este medio y, volviendo sobre sus pasos, ingresó nuevamente a la casa. La sala era agradable, arreglada con sencillez acogedora, muchas plantas, flores y muchos libros en diferentes estantes y sobre las mesas. Esto daba una idea de cuál era la principal actividad de esta persona: leer. Toda su literatura era de mucha calidad, se podía apreciar su gusto refinado tanto por los títulos de los libros, como por la calidad de las ediciones. Se veía que eran conservados con gran cariño para leerlos y releerlos.

María miraba todo con ojos extrañados, jamás hubiese imaginado que un día estaría sola en esa casa, invadiendo la privacidad de esa señora tan reservada y poco comunicativa. Nunca había pasado más allá de la terraza. Sin embargo, la situación era desesperada y debía buscar ayuda para el niño, ubicando parientes o amigos. Con mucha precipitación y sin mucho orden empezó a abrir cajones y vaciar estantes, tratando de encontrar alguna identificación.

Todo estaba ordenado, había recibos cancelados, facturas de compras, pero nada personal. Entró nuevamente al dormitorio y le llamó la atención un mueble con la llave puesta. Abrió la puertecita y encontró un cuaderno de fino papel y tapas de cuero que parecía de uso corriente, ya que el lápiz estaba entre sus páginas. Se detuvo un momento sin decidirse a abrirlo, lo que contenía el cuaderno no había sido escrito para extraños, pero qué se podía hacer si el tiempo apremiaba. María dejó de lado sus escrúpulos y pensó sólo en el niño.

Con gran cuidado lo tomó y dudó todavía antes de abrirlo. La escritura era pareja, la letra clara y empezaba diciendo: "Tan tranquilo y apacible como lo esperaba, la gente no es entrometida y puedo vivir como deseo. Esto es lo que quería y esto tengo". Hubiese querido seguir leyendo, pero esa parte de la historia no era la que buscaba. Necesitaba nombres, direcciones, personas conocidas a quienes comunicar lo que había sucedido. Si este cuaderno era continuación de otros anteriores era indispensable encontrarlos.

Con ansiedad abrió otros cajones y, por fin, encontró una serie de cuadernos semejantes al anterior. Tomó el primero y leyó con avidez. Ahí estaba gran parte de la historia de esta enigmática mujer. Su relato empezaba entre los dieciocho o veinte años. Era la vida de una adolescente rica, encantadora, llena de entusiasmo y alegría, cuyos padres sólo vivían para hacerla feliz.

Su padre, gran industrial de la zona, le había dado en vida una gran parte de su fortuna y ella la manejaba a su antojo. Despreocupada, llena de amigos y de actividades propias de su edad. Todo esto lo relataba con detalles, pero nunca escribía un nombre, un apellido o una localidad. Todo era color de rosa y sólo faltaba, como en los

cuentos de hadas, encontrar al príncipe encantado y así lo esperaba ella.

Una tarde de verano, sorpresivamente, se encontró con el hombre de sus sueños. Acá tampoco había un nombre, sólo decía "mi príncipe". Llenó páginas y páginas contando sus amores, sus días llenos de sol con la alegría de amar y ser correspondida. El destino estaba trazado, el amor maravilloso había llegado y para siempre.

De repente, el relato se suspende, pasan los días y no escribe nada. Parece que la historia hubiese terminado dejando el final en suspenso.

Dos o tres años después, renueva sus apuntes. Está triste, sola, destrozada, nada le interesa, el mundo se ha paralizado y sólo piensa en esperar la muerte. Reaparece en ella la afición por la lectura y recurre a ella como una tabla de salvación. Cada día más libros y más horas de lectura. Opina sobre diferentes autores, se le ve una marcada preferencia por los libros serios y repite constantemente que sería feliz escribiendo como ellos, para contar al mundo su triste historia. Ya no habla ni de amigos ni de trajes. Todo es gris.

Un día, piensa que le falta algo grande que le llene verdaderamente la vida y descubre que quiere ser madre. Este deseo se va haciendo cada vez más intenso. Quiere un hijo, pero que sea sólo suyo. Tiene mala experiencia de amores compartidos.

Recorre con la mente a sus antiguos conocidos y amigos, pero ninguno le satisface. Entonces, decide viajar por el mundo hasta encontrar al elegido. Después de visitar varios lugares, cree encontrar alguien parecido a lo que ha imaginado. No le interesa como pareja permanente, pero cumple con su objetivo y decide conquistarlo. El se da cuenta de sus intenciones y cae en la red.

Poco a poco, la relación se formaliza. Son una pareja alegre, divertida, que quiere vivir. Al ver que su deseo se ha cumplido y que está embarazada, desaparece sin dejar huella, tan misteriosamente como había llegado. Regresa donde sus padres, pero solamente para organizar su futuro.

Busca en periódicos extranjeros avisos de casas que se alquilan en sitios apartados y encuentra una casita pequeña, junto a un río, en un pueblito desconocido. Habla con los corredores, arregla el trato y, sin avisar a nadie, se lanza a vivir la aventura de la maternidad.

Cuenta su llegada al pueblo, describe con detalles su casa, tiene un sauce grande cuyas hojas se bañan en el río, terrazas que dan al sol y se presta para hacerla su hogar y el de su hijo.

Pasan las hojas y María sigue la lectura. Ahora es plenamente feliz, el pequeño le llena la vida por completo. Escribe diariamente sus progresos, le enseña a conocer y disfrutar de las bellezas naturales, el sol, las flores, el agua del río, los pájaros y sus nidos. Cada día van descubriendo nuevas cosas de que conversar y cada día ella escribe sobre las reacciones que estos conocimientos van produciendo en su hijo. Pero nunca nombra a nadie, de la familia no se habla para nada.

La muerte llega inesperadamente y María se encuentra tan ignorante como al principio. Se queda un rato en silencio, pensando y, de repente, como si fuera una inspiración del más allá, toma su determinación. Sale a la puerta, ve al niño que se ha quedado dormido y hablando fuerte, pero para ella sola, dice: "Este pequeño es mío, las circunstancias me lo han puesto en el camino". Lo despierta, lo toma de la manita y, dulcemente, lo conduce a su casa.

Mañana será otro día y se ocupará de lo que haya que hacer, pero hoy del cielo le ha caído un regalo que la llena de felicidad. Si hay preguntas dirá que la madre se lo dio antes de morir. ¿Acaso esto no es verdad? Qué importa que haya sido antes o después.

Doris Moromisato

Nació en Chambala (Lima), en 1962, de inmigrantes japoneses provenientes de Okinawa. Es egresada de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Conocida en el campo de la poesía, donde destaca como una de las poetas jóvenes más prometedoras, esta es la primera vez que se aventura en el relato breve, aunque a partir de él han ido surgiendo otros más. En 1988 publicó el poemario "Morada donde la luna perdió su palidez", pero poemas suyos han aparecido también en publicaciones nacionales y extranjeras. Fue incluida en la obra de Roland Forgues y Marco Martos "La escritura: un acto de amor", sobre la poesía escrita por mujeres en el Perú, publicada en Grenoble (Francia), en 1989. En el concurso "Magda Portal" obtuvo una mención especial.

*Al pequeño Kenji, a quien
precedió este relato,
y a Martha Meier.*

El pequeño petirrojo se posó sobre una rama y en su pico una lombriz pugnaba por liberarse de tan mortal cautiverio. El viento zarandeaba las ramas de aquí para allá; muy segura, el ave se dejaba arrastrar por aquel acompasado movimiento, cuando, de pronto, alzó el vuelo y emprendió el regreso hacia el nido. Al aletear, una hoja se desprendió del árbol y fue a caer graciosamente sobre la cabeza de le quien, recostada, observaba la escena mordiendo un tallito dulce de caña. A su lado, Sumitsu retenía la tierra en sus manos, para luego dejarla caer distraídamente, por entre sus dedos abiertos.

- Es injusto —musitó Ie.

- ¿Que el pájaro devore a la lombriz? Es lo más natural del mundo— replicó rápidamente Sumitsu.

- No, la sequía —continuó Ie—, la sequía que hace años azota nuestra tierras. Akamichi no es más que polvo y desolación, la gente huye hacia otros pueblos con la esperanza de trabajar en los cultivos, de saciar el hambre que debilita sus cuerpos, pero sólo encuentran otros pueblos igual de desolados y tristes. ¿Acaso habría algo que yo pudiera hacer?

- Sólo seguir su ejemplo —respondió con apatía Sumitsu—. Pronto tu familia, así como la mía, deberá dejar sus parcelas, meter todo aquello de valor en sus talegas y abandonar la casa donde nuestros padres nos engendraron. Es así de simple, salvo que... quieras perecer por amor a tu tierra —y sonrió irónicamente a la muchacha.

Ie, sintiéndose repentinamente muy sola, insistió:

- Debe haber algo que yo pueda hacer...

Ambos se pusieron de pie y no se percataron que la hoja desprendida del árbol ya estaba seca bajo el sol estival ni que uno de ellos, al emprender el regreso, la había aplastado haciéndola crujir.

Akamichi: camino rojo. Otrora sus campos fueron verdes, sus árboles eran altos y fuertes y el arrozal germinaba y maduraba bajo los simples rayos de la luna. Los hijos sucedían a sus padres, como el día a la noche. Sus caminos no eran extensos, por eso se entrelazaban y el horizonte terminaba donde nacía el Ishiyama *, la más elevada cumbre de la isla.

En la morada de Ie, el anciano padre guardaba, uno a uno, los objetos familiares y retiraba con minuciosa paciencia el polvo de las tablillas sagradas. Al anudar la última manta volvió la mirada hacia su joven hija quien, arrodillada con suma gracia, mantenía fija la vista a través de la ventana, hacia el alto cielo que empezaba a oscurecer. Observó su cuerpo, lo vio semejante a un tierno y fresco bambú en medio de la noche, y el brillo de sus ojos era igual al del estanque cuando el sol se reflejaba entre sus aguas. La inquietud, como una mosca posada en la cabeza de Ie, se volvía visible a los ojos del padre quien, sin poder evitarlo, interrumpió ese profundo momento:

- No es tu culpa, hija mía. El Ishiyama nos protege del viento del noroeste cuando desata su implacable furia sobre otros pueblos. Su majestuoso cuerpo impide que veamos el mar para preservarnos

* Montaña-de-las-piedras-tristes.

de la ambición. Ahora descansa, pero cuánto bien nos hizo; las límpidas aguas bajaban por sus riachuelos hasta llegar a nuestros labios, los frescos pastizales cebaban a nuestros bueyes y los hacían crecer fuertes bajo el yugo. Sí, Akamichi era verde y rojos sus caminos...

Buscó con la mirada a su amada le, pero tropezó primero con las amarras listas para el viaje. Repentinamente, su rostro se marchitó y su voz exaltada volvió a serenarse:

- Pero ya hace tantos años de todo esto. Tú eras tan sólo una niña, te perdías por los montes y te confundías con el barro. Sin embargo, ahora ni la lluvia nos cree dignos de ella —y una lágrima empezó a surcar, temblorosamente, por una de sus anchas arrugas.

Ella, consternada, logró atrapar la ira en uno de sus puños hasta apaciguarla y, soltando uno a uno los dedos, preguntó con profunda humildad:

- ¿Existe, padre, algún misterio que se me oculta por temor a la verdad? Si no soy suficientemente capaz para comprenderla, hazmelo saber. Esta misma mañana, vi un ave devorando una lombriz ¡con qué indiferencia fui testigo de la ejecución! Pero pensé: esta pobre lombriz ha de morir, pues con su muerte dará vida a otros seres, es la ley y, sin embargo, sería más justo si ella supiese la utilidad de su muerte, quizá así no se hubiera resistido a su noble destino ni hubiese temblado como la vi temblar. Ahora me arrepiento de mi crueldad... y me duele tanto su muerte.

Y, elevando su mirada, preguntó con gran firmeza:

- ¿Qué ha sucedido en lo más alto de la montaña que el agua se detuvo a nuestros pies?

El anciano, presintiendo cómo caía la tarde sobre el prado seco, supo que había llegado el momento de compartir su honda tristeza:

- Como el Ishiyama, tampoco tú eres culpable de aquello que escapa a nuestra voluntad. El relato de la montaña es muy breve, aunque el misterio que la envuelve es profundo. Dicen los hombres más antiguos de la aldea que las islas del sur, registradas en los mapas como la diminuta cola de un gran Imperio, decidieron mantener, pese a todo, sus costumbres, sus lenguas y hasta sus dioses. Akamichi

pertenece a una de estas islas y fue a raíz de esto que la diosa Amateratsu, ofendida por el desplante y celosa por no ser venerada, secó la fuente mayor en la cima del Ishiyama. Allí mantiene, desde hace muchos años, a un gigantesco espectro del más fiero guerrero de antiguas dinastías, soplando y ahuyentando la neblina para que no se atreva a posarse sobre la escarpada cumbre y, menos aún, ose convertirse en agua. Escalarla es casi imposible, sus rocas son empinadas y, como su nombre lo dice, bastaría sólo la tristeza para aniquilar al más bravo. Dudo mucho que tú, muchacha, logres alcanzarla.

- Un instante, padre —respondió le poniéndose de pie—. ¿He de pensar que ante los designios divinos que recaen sobre nuestras vidas, sólo nos queda buscar refugio bajo otros cielos más pacíficos y menos dominantes? ¿Hemos de errar condenados sobre la tierra, incapaces de clamar por la lluvia, de evitar la injusta muerte de un gusano, incapaces de impedir que la vida sea devorada por la muerte? Padre mío, perdóname —y se volvió a poner de rodillas—, pero el alma me duele de tanta congoja y el llanto que no ves correr por mis mejillas es la dura prueba de mi valentía. Amo esta tierra, bien lo sabes, pero mi amor no puede sostenerse de lo que fallece día a día. Quizá no sea la más indicada, mi cuerpo no semeja un roble imbatible bajo la tormenta, pero siento que debo ser yo, padre, quien alcance la montaña...

Para evitar el ardiente sol, le parte al siguiente atardecer. Pisa firme la tierra procurando no resbalar cuesta abajo e intenta, a través de la oscuridad, seguir la ruta que su padre le señalara hacia la cima. Mira a su alrededor y no la encuentra. Reconoce que está perdida cuando descubre que el viento, desde hace un buen tiempo, sopla siempre de la misma manera sobre su hombro izquierdo. Temblorosa y con miedo, hunde las rodillas contra el suelo y, juntando las manos, escucha a un búho lejano que repite, como un eco, el gemido lánguido que brota desde su pecho. ¿Dónde? ¿Por dónde seguir si no hay camino? Con su cuerpo doblado empieza a recordar la luna sobre

los sembríos y hasta sus oídos regresa el paso cansado de su padre volviendo al hogar. Le calma su llanto cuando, por fin, se responde y consigue llenar la noche con su voz:

- La única ruta, es la que llevo en mi corazón...

Mas, de cuando en cuando, aprovecha para arrojar una oruga, una planta seca o lo que sea, a sus espaldas; comprende que la gravedad será su única aliada: mientras exista una fuerza que empuje todo hacia atrás y tire de ella, sabrá que irá por buen camino.

Con el alma fortalecida, la muchacha prosigue su viaje. Tantea una a una las piedras que encuentra en su camino, tiene cuidado con los insectos y reptiles que la miran recelosos; con sus manos aparta la maleza y una espina no prevista arranca el primer grito de sus labios. De pronto, se percata de que, a pesar de no mostrar señales de cansancio, es noche hace muchas horas. Consternada, comprende que nadie, a esa altura del mundo, ha visto el instante en que el día se desprende de la noche y ella debe también cerrar los ojos, pues sólo así la luz del día será nueva y no la continuidad de la anterior. Decide descansar en una pequeña gruta que encuentra en el camino; allí, rodeada del murmullo de miles de insectos y del fiero aullido de un lobo lejano, se abandona al sueño.

En el lago Kyan, el sol se posa sobre la superficie de las aguas y revienta en mil resplandores; ella canta alegremente junto a los otros pescadores, pues los cestos están llenos y la faena está por culminar. Repentinamente, la oscuridad se apodera de la tarde y un extraño viento empieza a soplar. Un monstruoso ser emerge de las aguas agitadas y en su enorme boca una lengua roja danza, como una serpiente, vaticinando la ruina de Akamichi por no venerar la perla, la espada ni el espejo ni servir al único y supremo Emperador de este vasto reino, desde la fría estepa de los pinos verdes hasta el agitado mar de las conchas escondidas. Acto seguido, la horrible aparición sopla sobre el lago y los pescadores caen uno tras otro de sus barcas, los peces son devueltos a las olas e le es arrojada contra las rocas, destrozándose la espalda, mientras su grito, como una última señal de vida, sacude su cerebro. Bañada en sudor, despierta. Al incorporarse,

descubre que la punta de unos guijarros le habían servido de lecho durante aquella larga noche.

El día empieza a filtrarse por la entrada de la cueva, la opacidad se disemina ante la luz y, poco a poco, la imagen de su propio cuerpo le es devuelta ante sus ojos.

A medida que avanza, el aire se torna más denso, más frío, pero no halla rastro de la niebla; entonces, recuerda las palabras de su padre: "alguien, allá arriba, ahuyenta con su poderoso aliento la neblina...". Teme, pero debe continuar tan arriba como sus fuerzas le den. Casi ganada la cuesta decide detenerse a descansar. De su pequeño bolso extrae un pedazo de misó envuelto en blanco arroz y sorbe un poco de agua; y como esto no alcanza a saciar su hambre, vuelve a introducir la mano en el bolso, pero se da cuenta que su morral está casi vacío. Con tristeza, comprende que nunca más volverá a la aldea. El deseo de llorar encuentra refugio en sus dos pequeños ojos y unas cuantas lágrimas comienzan a brotar, silenciosamente, ante la inmensa soledad de ese paraje. Sin embargo, se da ánimos para contemplar la llanura:

- Desde aquí, la moribunda copa de un árbol semeja el capricho sepia que colocó el pintor en su lienzo, la escuela una cajita de fósforos abandonada y el curso seco del río el camino antiguo de los gusanos de seda sobre las hojas de las moras. Y cuán interminable y vasto es todo desde aquí, desde lo alto; las formas abandonan sus prisiones hasta fundirse entre las otras y volverse casi leves... —Y alargaba la mano, intentando coger un pez amarillo, un enorme monje en forma de abanico, una lombriz en el hocico de un marrano.

Y diciendo esto terminó de engullir el último trocito de arroz.

Débil y exhausta, alcanza por fin la cima de la montaña y empieza a temblar ante el esperado encuentro con el enorme guerrero, pero no halla más que a un pobre viejo, harapiento y muerto de frío,

intentando calentar sus manos frente a una pequeña fogata. Le se acerca para observarlo mejor y, abrumada por el peso de la duda, decide interrogarlo:

- Anciano. ¿Puedes decirme qué haces en este lugar tan alejado de los hombres?

- Cómo estás, muchacha, quien quiera que seas —responde indiferente el anciano, sin siquiera tomarse la molestia de mirarla—; no creo que te interese demasiado saber qué hago aquí, solo y aburrido, perdiendo mis mejores años como un tonto.

- Temo decirte —respondió suavemente le—, que tu presencia en esta montaña me importa más de lo que imaginas. Como tú, yo también estoy dejando mi juventud sobre esta cima; dime, por favor, cómo llegaste hasta aquí...

- Pues bien, si no tienes nada mejor que hacer que escuchar mi ridícula historia, te complaceré por el solo hecho de ejercitar mis pobres mandíbulas que las tengo casi adormecidas por este maldito frío... Hace muchísimos años, unos honorables señores me encomendaron dispersar la neblina que solía acumularse en este pico, decían que era un fastidio para los poblados cuesta abajo... quién sabe, yo nunca estudié ni entendí sus motivos, pero me pagaban bien, así que me limité a realizar la faena. Era muy joven y fuerte, y mis dos manos bastaban para crear el viento. De pronto, un día dejaron de pagar y nunca más se acordaron de mí. Sin un buen sueldo y sin las fuerzas de antes, decidí no seguir trabajando. Tú sabes cuán ridículo resulta en estos tiempos trabajar gratis para otros. Quise volver a mi aldea, pero como ves, estoy condenado a vivir aquí por siempre, sin más compañía que mi pequeña fogata, pues los años me hicieron olvidar el camino de regreso hacia mi hogar. Pero... esto no es nada extraño, muchacha; fijate que hasta la neblina olvida su ruta y, aunque yo ya no la agredo, no suele pasar por aquí...

- ¿Sabes que allá abajo todos hablan de tí con mucho respeto y algo de temor? —le preguntó la muchacha.

- ¡Bah, tonterías! Quién temería a este pobre y desaliñado viejo.

"Hasta los mitos envejecen —piensa le— eso nunca lo sospeché mi padre, ni los hombres más antiguos de la aldea".

Muy débil, se dirige a la fuente mayor y la encuentra totalmente seca; cansada, repasa la mano sobre su rostro y se da cuenta que algo diferente hay en él: ha envejecido. Con el corazón afligido, piensa en cuántos rostros envejecerán como el suyo, allá al pie de la montaña, sin conocer el agua, su tierno y transparente poder sobre los surcos, ni lo moldeable de su cuerpo cuando dos manos la retienen dentro de la magia de los dedos. Serena, se coloca en el centro de la fuente. Desde allí, contempla las estrellas y siente su cuerpo inundarse de oscuridad; suavemente tiende sus carnes, aún tibias, sobre la tierra seca. Y, en un último acto de amor, atrapa la lengua entre sus dientes y muerde segura, sin que las fuerzas la abandonen. Lentamente, un hilo de sangre empieza a dibujarse en la hendidura de sus labios y continúa, silenciosamente, atravesando la noche.

Un riachuelo rojo desciende, a paso lento, marcando la ruta que le asumiera en su corazón, besando cada huella que estampara en el camino, recorriendo la gruta que le recordara su miedo, mojando las migajas que cayeran de su humilde talega y que alguna hormiga no quiso recoger en su trayecto. También la noche se hizo tan larga como aquella vez en que confundiera su destino con el de la luz. A su paso, misteriosamente las piedras se retiran y las flores apuran su precipitada madurez; las pequeñas orugas se hacen a un lado contemplando ese rojo mar que no alcanzan a entender, los lobos aúllan temerosos por el extraño olor que ingresa a sus olfatos, el búho observa, tranquilo desde una rama, lo que acontece, la increíble noche que le toca vivir. Y, en el preciso instante en que la oscuridad cambia y se vuelve luz, la sangre de le, navegando indomable corriente abajo, amansa el color de su ira por la transparente pureza de su amor.

En primavera, una hoja se desprende de la rama, sacudida por un pequeño petirrojo que emprende el regreso hacia su nido y cae,

tímidamente, en una de las acequias de Akamichi. El viento la mece sobre el agua y la fresca corriente la va llevando a los arrozales y a los sembríos de caña, donde los campesinos cantan alegremente en plena cosecha de mayo.

Gladys Camere

Nació en Lima, en 1948. Siguió estudios de Letras, en la Universidad Católica, y de Bibliotecología, en la Escuela Nacional de Bibliotecarios; posteriormente, obtuvo la Licenciatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha trabajado siempre como bibliotecaria en distintas instituciones, iniciándose en la Biblioteca Nacional, donde laboró durante cinco años. Actualmente, lo hace en CENDOC Mujer, desde 1986. Estando aún en el colegio, empezó a escribir poesía y, poco a poco, se inició también en el cuento; hoy, su sentido de la autocrítica deshecha su escritura poética. Este es el primer cuento que publica; los otros, siguen aguardando en sus cuadernos.

Desde siempre me sabía gata, así me sentía, gata, gatísima y eso soy, una gata hermosa, con el pelo suave, color de crema batida mezclada con café, quien me mira de lejos ve en mi lomo una mancha oscura con rayitos dorados, tengo los ojos azules de gata, que miran grande, fijo, viendo a través del tiempo y la distancia, traspasando fosforescentes la noche.

Los felinos somos garbosos, nuestros movimientos asombran a los humanos, quienes dicen "se movía como felino". Mezcla de agilidad y elegancia, me veo caminando por el pasillo alfombrado de la casa en que vivo, una a una mis patas avanzan graciosamente con la mirada puesta en todo, buscando a la señora. La veo, está muy cerca, a su lado, el bastón, subo de un salto a su falda, acaricia mi pelo una y otra vez, ronroneo hasta que me adormezco, sueño. Sí, es así, soñamos las gatas, tenemos sueños románticos, eróticos, pesadillas, en fin, sueños dignos del mejor psicoanalista, para su humana y racional interpretación.

Acariciada, mimada, entre buena comida, así pasan mis días, en una casa blanca de largos pasadizos, fría, tremendamente fría, el sol no me calienta ni en verano, con algunos muebles cálidos de madera, donde dejo mis huellas; con mis fuertes uñas los araño, delimitando

así mi espacio, y al acercarme a ellos y olerlos, reconozco mi olor con placer: es mi territorio. Pero esta casa y la señora son mi refugio y mi trampa.

A veces paseo por las calles neblinosas de esta ciudad, calles que antes eran mías, y veo en mis paseos esas caras pálidas, tristes, el rostro de la pobreza; después de esos paseos me deprimó. Sí, es cierto, las gatas hermosas y bien cuidadas nos deprimimos a veces, como me sucede a mí con mucha facilidad; lloramos por nuestras hermanas que no tienen techo ni comida, pero, en el fondo, envidiamos su libertad.

Antes yo era libre, alternaba con otras gatas y gatos conquistadores que me cantaban al oído canciones de amor, eran los buenos tiempos, a veces regresan a mí en sueños. Recuerdos de la que fue mi pandilla, cuando conseguíamos la comida con "el sudor de nuestros bigotes", dormíamos donde nos cogiera la noche e íbamos de techo en techo. La ciudad era otra, bulliciosa, desordenada, sucia, pero viva. Sueño a veces despierta con las voces de la calle, los vendedores de fruta y sus megáfonos, los pescadores, los que vocean los diarios, con los susurros en la penumbra de los parques, las peleas de los esposos, el sonsonete de las beatas, el sonido del rataplán de las bandas militares, las risas de los niños; eso era la alegría en grande, la vida de una comunidad felina dueña de varios techos, de un pedazo de la ciudad y su sonido, de un poco de aire. ¡Ah! éramos poderosos. Destacaba no sé si por fina o por bella, o por ambas cosas, era tan presuntuosa y atrevida. Y fue por atrevida que me lancé a la aventura de conocer nuevos barrios, otro pedazo de techos. Un día, un hombre trigueño, bajo y fuerte, me atrapó y en un largo carro blanco me llevó a la casa donde ahora vivo con la señora.

Mi primera impresión fue agradable, me sentí tranquila. Ese hombre, el cazador, hablaba con la señora, hablaban de mí, del color de mi pelaje, de la mancha parda, casi negra, de mi lomo, la azulina fuerza de mis ojos hasta que determinaron, es una siamesa. Sabía ya eso, desde hacía tiempo. ¿Cuál era la diferencia? si antes, en la calle, no había diferencias, blancos, negros, grises, manchados, éramos todos

iguales, sólo que unos más hábiles, otros generosos o bellos; pero ese hombre y la señora me etiquetaron, me hicieron sentir distinta. Pese a eso, fue fácil encontrarme cómoda entre seguridad, limpieza y caricias; desgraciadamente, pronto comprendí que todos los días en esa casa blanca eran iguales: la comida siempre exquisita y a la misma hora, ya no era la aventura, el corazón en la boca por si nos pescaban robando comida en una ventana, el cuidado de la señora, siempre viéndome y exhibiéndome ante otras señoras como ella, "miren a Penélope, está bellísima". Era cierto, mi pelo estaba más brillante y había engordado.

Yo nunca me llamé Penélope, yo no esperaba a nadie tejiendo de día y destejiendo en la noche; a mí me decían la gata, a secas y, aún antes de todos estos episodios, amigos y amigas me decían la gata.

Hablo de antes, porque a mí me sucedieron cosas extrañas. Ya sé que es rara una siamesa en un muladar, más extraño aún que este hombre, administrador o mayordomo de casa rica, me atrape en la calle para entretenimiento de una señora que vive pendiente de mí y para quien soy su juguete. Pero lo más insólito es que yo hace años fui una mujer, sí, así es, una mujer de pelo oscuro, espeso y rizado, con ojos de gata, azules, por eso siempre me sentía, me sabía gata. Me conocían por la gata, tanto parientes como amigos, y era como Penélope, hermosa y llamativa, me gustaba serlo, era bonito ser admirada, deseada, envidiada, que me llenaran de regalos, de amor. Ese era mi mundo, un trozo de ciudad a mis pies.

Una mañana noté que mi piel, que me envanecía, se cubrió de una pelusa dorada, que se volvía al paso de los días más oscura. El espejo dejó de ser el mudo y fascinado observador de mi cuerpo, pues ya no disfrutaba mirándome en él; mis uñas, poco a poco, se endurecían, se curvaban, se convertían en zarpas. Paralelamente a estos cambios noté que en las noches veía en la oscuridad, mis ojos despedían fulgores. Sí, yo me volvía gata.

La transición fue dolorosa, como todo cambio. No sabía yo qué hacer, no quería que me vieran como estaba, mitad mujer, mitad gata.

Los primeros días, cubría con la ropa todo mi cuerpo, en las noches bajaba los ojos, hasta que un día me encerré en el dormitorio; de afuera llegaban las voces de parientes y amigos que pedían que saliera de mi encierro. Días y días resistí, hasta que una noche decidí que saldría, ya era lo que debía ser, una gata.

Con mis ojos de linterna recorrí la casa donde había vivido feliz y mimada con mis padres, hermanos y amigos; por la ventana de la cocina trepé, con agilidad no conocida por mí, hasta la azotea y avancé de techo en techo alejándome hacia el norte de la ciudad; no volvería nunca más. Caminé por calles que no conocía, los olores, los ruidos, todo era nuevo para mí; miré las estrellas, la luna y sentí la paz. En la madrugada, exhausta, me quedé dormida; no noté las casas chatas y sucias, no importaba, además dormía tranquila y profundamente después de mucho tiempo.

Comenzó para mí una nueva vida. Aprendí a conseguir sola mi alimento y a defenderme. Hice mis primeras amistades en el mundo de los gatos, hoy el mío, tuve arañazos en riñas callejeras, aventuras con gatos seductores, unos me dieron amor, otros no; muchas veces fui feliz, diría que casi siempre, pues vivía como en un sueño.

¡Oh! qué sensación pavorosa, me rozo la pata delantera y siento que mi pelo suave ya no es el mismo, se parece al vello de los humanos; me resisto con fuerza, pataleo, no quiero que me toquen. —No, no, es mentira, mentira—. Veo y siento entre la bruma las paredes blancas, los hombres y mujeres de blanco, la señora que le dice al hombre que me atrapó:

- ¿Recuerda a Penélope, doctor? La recogimos en un muladar, se cree gata.

No tengo fuerzas para protestar. Soy, siempre fui una gata.

EL LEGADO

(Una historia de Huancayo)

Carmen Luz Gorriti

Nace en Lima, en 1951. Estudia Sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y luego sigue un post-grado en la Universidad Católica. Actualmente, trabaja como socióloga en SUMBI (Servicios urbanos para mujeres de bajos ingresos) y como comunicadora social en Yunta, colaborando con la revista para barrios marginales, "Vecino". Su interés por la literatura se manifiesta desde años atrás, cuando escribía secretamente poesía y también cuento. A partir de 1982 se dedica a escribir con mayor intensidad y en 1986 participa en el Taller de Poesía organizado por Antares y conducido por Marco Martos y Carlos Garayar. Ha editado este año el poemario "Música terrena". Siendo el concurso de cuento "Magda Portal" el primero al que se ha presentado, resultó ganadora.

Estaba muriéndose, pero aún atinó a coger la dentadura que se le había caído. "Comadrita, comadrita, siéntate aquicito, toma esta agüita". Felicitas agarró los dientes con la fuerza que aún le quedaba y pensó en Julia, que fue quien la llevó al dentista ("para qué ya, hija, si estoy vieja") y pagó los millones de soles que cobró el doctor. Demasiado dinero para Felicitas, quien siempre trabajó para parar la olla de su casa, mucho dinero para la vendedora de chicharrones de la Calle Real; pero, claro, ya no era demasiado para Julia, quien vino a visitarla desde los Estados Unidos, haciéndose llamar "Juli".

"No botes la agüita, comadre, toma, toma, te va a hacer bien". Pero nada entraba en Felicitas, al contrario, todo salía. Salían lágrimas, mocos, sudor y vómitos de espuma blanca... ¿Qué va a decir el viejo? pensó, pero el viejo no dijo nada cuando la vio en el Hospital del Carmen, con la sonda y los tubos y las agujas y esa cara inmóvil que tienen los que han sufrido ataque cerebral.

Justina, en cambio, sí hablaba. Hablaba, rogaba, gritaba. Eso último le dio más miedo a Felicitas, porque la hija le gritaba al padre "tú tienes la culpa, tú tienes la culpa". Hubiera deseado Felicitas cogerla del brazo y detenerla, "cállatè hijita, te va a pegar". Pero la voz ya no

le salía hacia horas, la mano no obedecía, sólo estaba quieta en alguna parte. Las lágrimas no más se le salían cuando su hija le hablaba bajito al oído: "no te mueras, mamita, no me dejes".

¿Para qué ya?, se dijo... desde tiempo antes, todos en la casa sabían que se tendría que morir pronto no más. Desde que le dijeron en el hospital, cuando se le paralizó medio cuerpo: "usted aléjese del calor y de los disgustos"... ¿Cómo pues?, una madre no puede hacer eso. ¿Cómo quedarán ellos ahora?... Recordó a sus hijos, uno por uno, a los que nacieron con su carita arrugada, a los que murieron antes de cumplir un año, a los que se fueron sin despedirse, fugando de la casa paterna, a los que no pudieron irse.

Más pena todavía le daba Manuelito, su mayor, el hijo de la aurora que conoció la ternura de las noches cuando le daba su pecho y se dormían juntos, entibiados con sus cuerpos que aún eran casi uno; el Manuelito, que jugaba con los pollos, con los cuyes, con las cajitas de cartón... ¿qué hará ahora, sin madre, ese niño que nunca terminó de crecer?

"Tengo miedo mamá", le dijo Manuel. Esa fue la última palabra que escuchó Felicitas mientras entraba en el agujero negro. Miedo... miedo... miedo sintió Felicitas cuando su madre la despidió allá en Pampas, entregándole canchita y queso para el camino, diciéndole "vas a estudiar". Pero ella no estudió porque le dio miedo decirle a la madrina "quiero estudiar" y después le dio miedo decirle a Juan "no quiero que usted me toques así" y después le dio miedo contarle a los demás que la barriga le estaba creciendo y prefirió fugarse con Juan, que ahora era su marido.

"Pobre el que tiene miedo", pensó mientras se disolvía y ya no tenía más miedo de nada; mientras su pensamiento empezaba a vagar por el cuarto, tratando de posarse sobre algún cuerpo tibio que pudiera recibirlo.

Aleteó sobre el viejo Juan, pero él no tenía ninguna puerta abierta, sólo tenía una rabia inmensa que le sellaba las mandíbulas, que le apretaba en los muslos, en el estómago, en la garganta: "me estás abandonando, vieja, como siempre quisiste, así lo estás hacien-

do".

Voló el pensamiento sobre Justina y encontró su cólera viva: "mi madre ha muerto por cansancio", se repetía, sintiendo también ella el cansancio de los años que tenía por delante, trabajando duro para mantener a su padre; lavar, limpiar, levantarse a cualquier hora para atender a su padre. "De nada sirve que yo tenga cólera, porque voy a tener que hacerlo de todas maneras. Por gusto me casé, por gusto tuve hijos, por gusto conseguí un oficio. Ahora, de todas maneras pertenezco a mi padre, hasta que se muera él o me muera yo. Más me hubiera valido fugarme, como hicieron mis hermanas, y allá, en esos lugares, perder el respeto de todo".

El pensamiento buscó, pero no pudo entrar en Manuel, que sollozaba en un rincón. Se estremecía el hombre en la sensación de no ser más nada que su llanto. Los ojos de su padre lo miraron como siempre, diciéndole "cobarde" y él fue otra vez el niño que, desde debajo de la mesa, espera ver caer el látigo amenazante. Ya no estaría el cuerpo de su madre para recibir el castigo del padre o el castigo de la vida. Recordó Manuel el cuerpo dulce de su madre que, con los años, iba achicándose en su columna, doblándose en los hombros, debilitándose en las piernas.

"Pobre el que tiene miedo"... Esa tarde de recuerdos, nadie abrió su corazón para el último pensamiento de Felicitas y éste quedó vagando por las calles de Chilca, revoloteando por el mercado, sobre las cabezas de las comadres y las caseras.

"La viejita se ha muerto", se pasaban la voz y había que levantar la punta del mandil para recoger las lágrimas que, abundantes, se salían. "Se ha muerto la viejita", circulaba entre los tricicleros y los caminantes y los cargadores y las lecheras y las vendedoras de pasto y las golpeadas que ella curó y las hambrientas que probaron su pan y las violadas que sólo a ella lo confesaron y los borrachos que Felicitas recogía de la calle y los entristecidos que tantas veces le abrieron su corazón.

Tres días con tres noches velaron a la viejita, con mucho cañazo que, esta vez, el viejo quiso comprar con su propio dinero. La tercera

noche, tuvieron que traer enfermero para deshinchar el cuerpo redondo de la mamacha, que había seguido engordando después de muerta; tuvieron que traer bancas de la Iglesia y alquilar el patio de la vecina, para dar cabida a las hileras de peregrinos que aún seguían llegando.

Nadie se dio cuenta, en el velorio, que esa noche los terroristas volaron la puerta del cuartel y que el ejército había salido a hacer batida. Nadie se dio cuenta, porque todos hablaban de la muerte y, en realidad, hablaban de sí mismos, de las heridas que ella ayudó a calmar. "A mí me dio una hierbita que me ayudó a calmar la pesadez de esta pierna"; "a mí me quitó la mala sombra que se apoderó de mi cabeza"; "a mí me pagaba unos centavitos más por el pasto que le vendía"; "todos los días le alcanzaba sopa al loquito del barrio".

En el murmullo, no prestaron atención a la dinamita, los ruidos, las carreras. Pero entraron los soldados: "¡nadie se mueva, aquí todos son terroristas!"... y se hizo el silencio. Las caras embetunadas se confundían con la sombra, no se podía reconocer en ellos al hijo del vecino, al primo, al amigo que fue levado el mes pasado. Lentamente, se hizo el recuerdo colectivo de aquellos parientes del pueblo que fueron conducidos al cuartel para nunca más volver.

"Pobre el que tiene miedo", pensó Felicitas cuando entraba en el agujero negro, mientras se despojaba de su miedo; así fue que su pensamiento quedó vagando en las cercanías del cuerpo; así fue que resonó clarito en el patio donde transcurría el velorio, mientras los soldados ordenaban poner de rodillas a la gente que ella amó tanto.

"Pobre el que tiene miedo... y sólo es pobre el que tiene miedo" pensó Manuel, mientras le invadía la ternura por todos esos humildes seres que lloraban a su madre. Así fue como alcanzó a tomar la mano de Justina, quien a su vez tomó la mano de su padre, quien tomó la mano de la flaca lavandera, quien tomó la mano del borracho, quien tomó la mano del mozo de la cafetería, el cual tomó la mano de todos cuando se cerró el círculo de la fuerza.

Nadie se movió de su lugar. "El miedo se acabó, el miedo se acabó", decía la gente en murmullo que crecía, mientras se achicaba

el valor del oficial al mando, quien ya había empezado a considerar que, siendo esos individuos más de doscientos y sus soldados sólo veinte, tal vez era necesario darse cuenta que tenía ante sus ojos un velorio común y corriente, con ciudadanos que poseían derechos civiles.

Cuando cerraron el ataúd, al día siguiente, todos pudieron observar que doña Felicitas, la viejita vendedora de chicharrones, estaba muy hermosa y casi sonriente dentro de su cajón.

MORIR POR EL

María Elena Bravo

Nacida en Lima, en 1961. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima, donde terminó en 1988. Ha trabajado encargándose del script para varios programas destinados a la televisión. Su aspiración, sin embargo, es la de llegar a escribir guiones. Ha escrito cuento con anterioridad, pero éste fue el primero que presentó a un concurso y también el primero que publica.

Despertó con una opresión en el pecho, como si alguien se hubiera parado sobre ella. Se levantó y fue al baño. Se lavó los dientes, la cara, limpió con la toalla el rimel corrido, acomodó su cabello con las manos y volvió al dormitorio. Se paró cerca de la cama y se quedó observándolo. Echado de costado, dándole la espalda, estaba el hombre con el que prácticamente vivía desde hacía casi un año. "Está dormido", pensó, "¿qué estará soñando?". Se acomodó a su lado y esperó. Las manos le sudaban, el corazón le latía aprisa, tenía ganas de llorar. "¿Se lo digo?. No, mejor mañana, como lo tenía pensado, así estaremos juntos el fin de semana, el último fin de semana de esta historia que también se acaba". "¿Qué te pasa?", preguntó él sin voltear. "Nada", le contestó. "¿Estás bien?", insistió. "Sí, ¿por qué?". El hizo un movimiento como para seguir durmiendo, pero en seguida se levantó y entró en el baño. Ella también se levantó y fue a la sala, allí se quedó mirando por la ventana.

Cuando él salió del baño, se sentó en el sillón y luego de unos minutos de silencio le dijo: "No me gustó la reunión de anoche. Ya estoy harto de la misma gente, siempre hablando estupideces, tan burdos, tan idiotas. Y tú, tratando todo el tiempo de llamar la atención. Además, tan agresiva, con tu feminismo exagerado". Ella dejó de

mirar por la ventana y se sentó en el otro sillón ubicado frente a él. "¿Por qué me estará diciendo todo esto?", pensó, "pero hay más, yo sé que hay más. ¿Por qué no termina? Anda, dílo". Pero él se había quedado callado, con la mirada perdida en la alfombra, tal vez buscando las palabras adecuadas. De repente, fijó sus ojos en los de ella y, sin pestañear, le dijo: "tengo algo duro que decirte... no te amo, no estoy enamorado de tí". Hubo un breve silencio; después, sin dejar de mirarlo, ella le dijo: "ya lo sabía". El bajó la mirada y quedó inmóvil, seguramente esperando el llanto, los reproches; pero no hubo nada de eso, a cambio ella añadió otra frase, "era evidente" y se esforzó por mantener la mirada fría, indiferente, en una actitud "digna", como más tarde él reconocería. Ella se dirigió al dormitorio, abrió unos cajones y empezó a sacar su ropa. "¿Qué haces?", preguntó él. "Mis maletas. ¿No es lo que sigue?". "Según el guión", dijo él queriendo bromear. "Ujum. Además, ya tengo experiencia en estas cosas". "Qué graciosa". "No, no soy graciosa, la otra opción es ponerse melodramática y no soportaría tus ironías". "No soy irónico". "Sí, sí lo eres". El se había recostado en la cama y la observaba ir y venir, sacar, doblar, guardar, todo lo que le pertenecía. Ella sentía su mirada y eso la ponía más nerviosa. Cuando hubo acomodado todo, se acercó a él y le dijo: "voy a la azotea". "¿Para qué?", le preguntó, "si no hay ropa en los cordeles". "No voy a recoger la ropa, voy a llorar". "Ahhh". Subió rápidamente, se sentó en el suelo y todo el dolor que sentía por dentro se reflejó en su mueca de llanto acompañada del sonido ahogado que emitía su garganta. Cuando escuchó los pasos de él en la escalera, limpió sus lágrimas y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. El se sentó a su lado, entonces ella comentó: "mira, ha salido el sol, es un lindo día ¿no?". El la abrazó fuerte y le dijo: "te quiero mucho". Ella, correspondiendo al abrazo, le contestó: "sí, ya lo sé. ¿Me jalas a mi casa?".

Todo el camino estuvieron callados, sólo cuando se encontraron frente a su casa ella le confesó que también tenía pensado decirle para terminar. Luego, bajó las cosas del auto y, cuando regresó para despedirse, notó que él tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dio un

beso en los labios y le dijo, "chau amor, te deseo lo mejor".

Encerrada en su cuarto con la radio encendida, se quedó dormida. Cuando despertó, todavía era de día, se puso boca abajo y su cuerpo empezó a convulsionar mientras mordía la almohada para que no la escucharan llorar. Al día siguiente, se sintió más tranquila y decidió que lo mejor era voltear la página y seguir adelante. Recordaba algo que había escrito cuando tenía diecisiete años, "el amor es maravilloso y algo más puro, más profundo y más hermoso, sólo puede ser sentimiento de dioses. Pero también existen seres extraños y tristes, que pasan por el mundo como sombras solitarias, seres incapacitados para amar o ser amados". Ahora, a los treinta años, pensaba que las personas permanecían unas al lado de las otras por comodidad y temor, pero no por amor y, sin negar la existencia de ese sentimiento, afirmaba que era pasajero, dócil, voluble y circunstancial. Tampoco creía en los dioses. En lo único que aún coincidía con la adolescente que fue, era con la idea de la existencia de esos seres extraños y tristes, sólo que ahora se incluía en la lista.

Los días pasaban, pero no su depresión. Veía lo estéril e inútil que era su vida, no sentía pasión por nada, las horas se le iban leyendo, durmiendo o pensando. Ese día, después del desayuno, sintió náuseas, así que volvió a su cama aún tibia y sin hacer. Tuvo un sueño raro, volaba colgada de un pequeño globo amarillo, el paisaje era bellissimo, el cielo estaba despejado y el clima era agradable, de pronto los brazos se le cansaron y empezó a sentir calor, tenía miedo, porque sabía que en cualquier momento soltaría el globo y caería. Despertó angustiada y sudando. "Necesito un duchazo", pensó. Al salir de su cuarto, descubrió que estaba sola, entonces entró en el dormitorio de sus padres y se desvistió, luego se acercó al espejo y se quedó observando su cuerpo. "Onetti dice que cuando una mujer se siente totalmente amada, se entrega como una niña y es feliz siendo niña. Es el estado del amor, el verdadero amor entre el hombre y la mujer. Las mujeres encuentran la verdad cuando encuentran su dicha. Cuando no la encuentran escriben libros, tienen una cátedra, hacen reportajes". "Pero no todas", pensó en voz alta, "yo soy diferente,

quiero ser una mujer alternativa". Y, sentándose en el filo de la cama, continuó: "pero no lo soy... y toda mi frustración radica en no querer aceptarlo". Sintió un escalofrío, luego se fue al baño, abrió las llaves de la ducha y mientras corría el agua, tomó una hoja de afeitar y se cortó las venas. Entró en la tina y se deslizó lentamente hasta quedar sentada, cerró los ojos y se dispuso a esperar la muerte. Recordaba el día anterior, "¿quién fue la última persona que ví?... ¡ah, sí!, mi prima, mi querida amiga. Estuvimos hablando de él, de cómo lo extrañaba y lo terriblemente sola que me sentía sin tenerlo a mi lado". No lo odiaba ni le tenía rabia porque él no tenía la culpa de nada, nadie era culpable de nada, no la amaba simplemente, no la amaba, además, no era por él que había decidido suicidarse, en todo caso podía considerársele como la gotita que rebosó el vaso, pero de ninguna manera la causa directa. Se suicidaba porque no encontraba nada mejor que hacer; además, borrándose del mapa, dejaría de ser un problema para sus padres y su hermano y la gente que la quería, sí, porque había gente que la quería y se preocupaba por ella. Su ex-esposo, por ejemplo, que le decía: "mira, disculpa que te lo diga, pero si no encuentras trabajo es porque te vistes muy mal". Su cuñada, que le aconsejaba hacer aerobics para acabar con la depresión. Otras buenas amigas le recomendaban que tuviera un hijo, así tendría una razón para vivir y dejaría de sentirse inútil. No podía quejarse, en realidad le daban muchas ideas para seguir viviendo, sólo que ninguna la convencía y esa era la razón, la verdadera razón por la que se mataba. Pero cuando la encontraran tesa en la tina, iban a tratar de encontrar un por qué a esa inexplicable determinación. Intercambiarían opiniones, descartarían posibilidades, harían deducciones. Entonces, ante la desesperación de todos, su prima hablaría, les contaría sobre la última conversación que tuvieron y así llegarían, por fin, a la terrible conclusión: "Se mató por él". Súbitamente abrió los ojos, "no, no puedo permitir que crean eso, no es cierto, no es cierto", pensaba, "¿y él?, ¿qué va a decir él?. Puta, no sabía que me amaba tanto. O, estaba más loca de lo que creía". Quiso incorporarse, pero se sentía débil, mareada, no tenía fuerzas. "No, por favor. ¡Ay, qué hago!

¡Dios mío, ayúdame, no merezco esta muerte tan absurda, tan cursi!". Volvió a intentarlo y esta vez lo logró, jaló una toalla y, apoyándose en las paredes y los muebles, llegó hasta la puerta que daba a la calle, la abrió y se desplomó en la vereda. Los vecinos acudieron a auxiliarla, llevándola de inmediato a un hospital.

Esto ocurrió ya hace algunos años. Hoy, ella es una reconocida reportera que trabaja en una prestigiosa agencia de noticias, una mujer de éxito que ya casi no se acuerda que decidió seguir viviendo sólo para que nadie creyera que un día quiso morir por él.

JARJACHA

Rosario Elías

Nació en Nazca, en 1952, y realizó en esa ciudad sus estudios primarios, concluyendo el colegio en Ica. Su instrucción superior continuó en Lima, en la Universidad Católica, donde siguió Periodismo y Sociología. Su actividad literaria es compartida con el trabajo en la rama de Comunicaciones, pues en la actualidad coordina el Área de Video del Instituto para América Latina. Recientemente, bajo el título de "Cuentos Ajenos", ha publicado relatos en el quincenario de humor El Idiota Ilustrado, y escribe la serie "Mujeres de mi tierra" para el suplemento femenino Mujer y Sociedad. Con el cuento "Jarjacha" obtuvo una mención especial en el concurso "Magda Portal".

La primera noche de vacaciones de Joaquín, Apari le daba la bienvenida con sus historias de jarjachas y aparecidos, advirtiéndole que no estaría solo, que otras presencias lo acompañarían. Ellas eran las ánimas de los gentiles, de sus antepasados nazcas enterrados en las laderas de los cerros. Merodeaban a la intemperie desde que sus tumbas fueron profanadas. Su deambular era percibido por todos. A su paso se paralizaban los animales, se crispaban las plantas y enmudecía el viento.

Joaquín no temía a las ánimas. Cuando niño, su madre, al filo de la medianoche, acostumbraba encender velitas delante de dos calaveras refundidas en un gran ropero, para que sus almas errantes protegieran la casa. Pero los cuentos sobre las jarjachas lo escalofriaban. Apari sentenciaba:

- No hay perdón para las jarjachas. Lloran y lloran, pero el remordimiento siempre va con ellas.

II

En ese paraje desértico, que se perdía lejano, un bosquecillo, aledaño al galpón, sobrevivía alimentado por las esporádicas aguas del río. Un jazmín florecía entrelazado amorosamente con una madre-

selva. Bajo su sombra, Joaquín inhalaba su fragancia, que volvía las noches veraniegas delicadamente hermosas. De esa manera ahuyentaba de su alma todas esas fábulas sobre las jarjachas.

Las hojas de los árboles apenas se movían, la tenue luz de una solitaria estrella delineaba las formas circundantes. El ambiente estaba tan quieto que se respiraba un mundo de insinuaciones y presentimientos.

Añorando los rosarios de los viernes en el hogar materno, Joaquín miraba extasiado el lucero que, con el paso de las horas, resplandecía más y más. Recién entonces comprendió por qué su madre, después de las letanías, "Madre Purísima", "Madre Santísima", añadía siempre, "Lucero de la Mañana".

Entrecerrando sus ojos, logró capturar en la retina la estrella matinal. Vislumbró a la Virgen de su infancia, radiante con su vestido blanco y con sus manos juntas, acariciando como un diamante el lucero matutino. Aspirando el bálsamo de jazmines y madre selvas, creyó enloquecer de aroma. Por unos instantes le pareció ver, como un destello, la silueta de una mujer que se escabullía entre los arbus-tos. Avergonzado, sacudió la cabeza. Se dijo que a los catorce años ya no debería imaginar insensateces.

Pero el susto lo había doblegado, todo esfuerzo por sobreponerse era vano. Ese miedo era el fruto maligno de los cuentos de Apari que poseían su alma. Pretendiendo serenar su espíritu, escarbó en su memoria sus lecturas poéticas y, recordándolas, coincidió con la afirmación de que las mujeres son como un 'claro de luna' y, en este caso, como un 'claro de estrella'. Sonriendo por esta ocurrencia, y ya con calma en el ánimo y en el rostro, emprendió el camino de regreso al galpón que les servía de dormitorio.

III

Desde aquella noche, abandonaba su vivienda puntualmente a la medianoche, rumbo al bosquecito, para contemplar el cielo. A esa hora, su lucero dejaba paso a la luna que, en cuarto creciente, lucía aún débil. Nunca como hasta ahora se había percatado de cuán grande

era su fascinación por la luna. Quizás se debía a la costumbre de haber oído desde siempre:

- Hay que mirar la luna para ver si viene agua nueva.
- No se puede curar las heridas en luna nueva.
- Si fulanito pasa esta luna, se salva.

Aprendió mucho de su padre. El, con frecuencia, le mencionaba:

- Mira la luna para la siembra. Esta sólo se realiza hasta el menguante.

- No cortes madera en luna nueva, porque se pudre.

En ciertas ocasiones, afirmaba misterioso:

- Esa mujer está alunada.

El ignoraba todo acerca de las mujeres alunadas, pero recordaba con claridad que "en días de menstruación, las mujeres no debían bañarse en el mar, porque éste se embravecía". Tampoco estaba seguro de la relación de la menstruación con la luna, pero sí había visto cómo el mar se enfurecía durante la luna llena.

Joaquín intuía que a la luna, al mar y a la mujer, un secreto vínculo las unía.

IV

Luego de varias noches de arrobamiento nocturno, tuvo la certeza de que el lugar ideal para observar el cielo era debajo de la enramada del jazmín y la madreSelva.

En ese cielo, pintado de añil infinito, la luna, aún pequeña, destacaba límpida y bella, perfilando nítidamente las siluetas, y no como aquella noche en que creyó ver una sombra entre las sombras. El recuerdo de esta imagen difusa, de esta mujer furtiva, se había impregnado en su corazón. En voz baja musitó:

- Mi Claro de Luna.

Y, otra vez, la ilusión de un manto que se diluía entre la penumbra le aceleró el corazón. Sonrió a causa de este extravío y, haciendo un ademán de adiós, susurró:

- Hasta vernos en luna llena, mi querida Claro de Luna.

A pesar del insoportable calor, Joaquín prefirió no ir a la playa. Se alegró de que sus compañeros se fueran a pescar unos kilómetros más abajo y lo dejaran solo.

Rebosaba de júbilo, ésa era su primera noche de luna llena. Absorto, imaginó a Claro de Luna coronada de jazmín y madreselvas, envuelta en un manto blanco cargado de luz de luna.

Esa medianoche, la luna llena apareció sólo para él. Permaneció por mucho tiempo encandilado. De súbito, percibió esa presencia extraña. Se atemorizó. No queriendo ver nada, apretó los ojos con fuerza. Su miedo se acentuaba. Quería gritar y no lograba arrancar ningún sonido de su garganta. Intentaba correr y las piernas no le obedecían. Todo ocurría en otra dimensión, como si el tiempo se hubiera detenido.

Pasmado, sólo su mente le indicaba que estaba con vida.

El peso de una mirada fija en él lo turbaba. Esa presencia que intuyó en las anteriores noches estaba ahora allí, frente a él, retándolo, abrumándolo, desquiciándolo. La arena, fresca en las noches, ardía ahora como el cuerpo de una mujer deseosa de ser amada. Su respiración jadeante galopaba cerca de otra más apresurada aún. Todo sucedía entre pesadilla y ensueño. Acariciaba unos senos temblorosos que se hundían en el desierto humedecido de pasión, donde Joaquín poseía a la madreSelva, a la arena, a la luna y a Claro de Luna al unísono, una y otra vez, hasta que los suspiros se transformaron en un grito que quebró la noche y estremeció el desierto.

Al amanecer, la brisa del alba, como cabellos femeninos, le acariciaba el rostro. Notó el tibio refluir de su sangre al recibir un beso en la mejilla.

Con lentitud, recobró los sentidos.

Con dificultad, procuraba hilvanar las imágenes de la noche anterior. Escenas confusas, sensaciones sin secuencia ni tiempo revoloteaban en su mente. Un eco interminable le martilleaba:

- La jarjacha, la jarjacha.

Se encontró semidesnudo, quemado por el sol, con un manto en la cadera. Le dolía todo el cuerpo, menos la cara que continuaba guarnecida por la sombra del jazmín.

VI

Sus hermanos lo cargaron hasta el galpón. Lo bañaron en hierbas y le curaron las heridas.

Convencido de que no había soñado, Joaquín meneaba la cabeza, mientras apretujaba entre sus manos el manto blanco que olía a Claro de Luna. Impelido por un relámpago interior, se incorporó resuelto a encontrarla donde estuviera.

Para evitar que Joaquín se enajenara, todos juntos se enrumbaron en busca del único vecino que tenían en varias leguas a la redonda. Luego de todo un día de penosa caminata, arribaron a una casucha semiderruida, habitada por una pareja y sus dos hijos moce-tones, arrugados, como sus padres, por el sol, la sequía y la soledad.

Ninguno de los recién llegados se atrevía a hablar. Con afán indiscreto hurgaban la choza, buscando a otra persona. El dilatado silencio irritaba a los dueños. Joaquín, envalentonado, demandó a la pareja por su hija. El hombre apretó dientes y puños, palideció y retiró abruptamente a la familia de la habitación.

Desconcertados, los intrusos se miraban sin poder articular palabra. Tras larga espera, emergió la mujer mirando fijamente a Joaquín con los ojos desbordantes de odio; le increpó venir de tan lejos a remover la cenizas de un pasado doloroso, ya sepultado. Desde sus entrañas le gritó:

- Mi única hija se suicidó hace muchos años por incestuosa. ERA UNA JARJACHA, ERA UNA JARJACHA—, exclamaba enardecida.

VII

Bajo el sol fulgurante del mediodía, tomaron el camino de retorno, uno tras otro, en silencio. Preocupados por la inminente llegada del agua nueva, reiniciaron poco a poco el diálogo.

Muy atrás, Joaquín, tambaleándose como cuerpo sin alma, pretendía en vano contener las lágrimas que, abundantes, pugnaban por salir de sus ojos, negros y tristísimos como las noches sin luna.

QUERIDA VIRGINIA

Luz Freyre

Nacida en Lima, en 1940, realiza sus estudios en Estados Unidos y en nuestra capital. Posteriormente, sigue las especialidades de Psicología y Psicoanálisis en Argentina. Su trabajo profesional lo desarrolla en el Perú en los campos del Psicoanálisis y de la producción teatral, otra veta de su interés. Ha escrito narración breve con anterioridad, sin haber llegado nunca a publicar ninguno de sus relatos. Su mayor aspiración, por considerarla la meta más difícil en el ejercicio literario, es escribir una novela policial.

Querida Virginia:

Quizás te sorprenda que te escriba en vez de ir a buscarte. Sé que tú todavía vives en la misma casa del mismo barrio, apenas a dos barrios de donde vivo yo ahora. Quizás simplemente saber de mí, después de doce años, te sorprenda mucho más. Pero no sé qué nostalgia me agarró de pronto ni qué necesidad terrible de intentar una explicación, que debió ser dada hace tanto tiempo.

No quisiste ir al aeropuerto el día de mi partida. "No podría aguantarme el llanto", me dijiste, "y no quiero que te lleves mis lágrimas de recuerdo". Ah, estoica Virginia, nunca me decepcionaste. Tus cartas llegaban puntualmente los días 16 de cada mes, flamante y rojo número en el sobre, no vaya a ser que se pierda alguna en el correo de Lima que es tan malo y que yo dejase de enterarme que Don Enrique, el farmacéutico, se había muerto de un síncope, así, sin previo aviso y en plena vereda, quién iba a creerlo, si todos los días montaba su bicicleta para ir a poner inyecciones y nunca antes le había pasado nada... que el perro de Martín... que los conejos de Yolanda... que esto, que lo otro. Pero, sobre todo, que me amabas, que me adorabas más que a nada ni a nadie en el mundo, siempre optimista, esperando, sin que en tus cartas hubiese ni siquiera una manchita o un borrón que

delatase alguna lágrima, de ésas que no querías que me llevara de recuerdo.

Pasaban a veces dos o tres meses, más también, sin que yo te contestara. Jamás me reprochaste los largos silencios, ni una palabra, ni una queja. Me alentabas en mis estudios y esperabas, esperabas pacientemente el momento en que con título enmarcado yo pidiese tu mano a Don Ramón, tu padre.

Regresé cinco años después, con título y con algo más. Estabas entre mi madre y mis hermanas, buscándome entre los pasajeros, tus ojos húmedos y expectantes, mientras yo trataba de esconder a Dominique como si fuese un maletín de contrabando.

Qué cobarde me sentí ante esa reacción tuya, orgullosa y humilde al mismo tiempo, cuando fuiste la primera en darle la bienvenida a esa extraña rubia de ojos claros que te separaba irremediabilmente de mí, el triunfador, doctorado en "savoir faire sobre todas las cosas de la vida", que ni siquiera había tenido el valor de decirte ni a tí ni a mi familia que hacía ya tres años que vivía con Dominique.

Han pasado doce años desde entonces. Doce años vividos de paso en esta Lima, la horrible, como ya es costumbre decir sin saber exactamente por qué. Yo, al menos, creí saberlo, cuando Dominique me dejó un día cualquiera de invierno nublado y húmedo, apenas dos años después de nuestro triunfal regreso, llevándose a Juan, Jean, como solíamos llamar a nuestro pequeño franco-peruano de año y meses, Jean Fernández ¿te imaginas? Creí saberlo cuando mis ínfulas de sociólogo terminaban indefectiblemente reducidas a trabajos por horas en compañías de mercadotecnia, haciendo estadísticas de venta de jabones en Pueblos Jóvenes —oh bello eufemismo—, barriadas de mi adolescencia; y cuando finalmente ingresé al Ministerio como funcionario contratado.

Te habrán contado tus primas. Gabriela, a la que le jalábamos las trenzas en la matinée del San Felipe, me la encontré el otro día crecida y rellena, con peinado y maquillaje a lo actriz de telenovela mexicana, en la cafetería del Haití. "Hola, Juan, —cuánto—tiempo", me saludó, "qué—haces—tú—por—acá". Te imaginarás el diálogo. Y

mientras tanto yo sabía que iría corriendo a decirte adivina con quién me encontré esta mañana y tú, amable y resignada, escuchando, tal vez con indiferencia, tal vez.

Sueldo de eventual, eso era yo. Sin embargo, qué cargos: Jefe de la Comisión... Siempre por encima de esta mediocre, reaccionaria, pequeño-burguesa, aplastada, inculta clase media. No pasaba un día sin que me propusiera firmemente conseguir la beca para el doctorado en París. Intimo me hice de la secretaria del agregado cultural de la embajada de Francia. Daba gusto practicar francés con ella. "Vous avez l'accent parisien, monsieur". ¡Qué orgullo! Hinchado de civilización, salía a mirar desde mi metro setenta a esos infelices provincianos que empezaban a poblar, con sus malos olores de subdesarrollados, La Colmena, el Jirón de la Unión, el Parque Universitario, la Plaza San Martín.

No hubo mujeres en mi vida entonces. Tan sólo compañeras, camaradas y —discúlpame por la palabra— putas. Tú ves, yo ya estaba por encima de una dulce y prosaica muchacha que bordaba en punto cruz, que se vestía de morado en octubre y que esperaba todos los días a las 7 de la noche la visita de su enamorado de barrio, de toda la vida, para escuchar sobre libros, ideas, personajes, que no eran ni la italiana del frente, ni la judía que vino a los cinco años de Rusia, ni la huachafita de provincia, ni las primas que se mudaron a la casa de al lado. Te hablaba de Hesse —la marca de Caín que yo también llevaba—, de Henry Miller para turbarte, de Marx para concientizarte, de Sartre para existencializarte. Me escuchabas, ávida y deslumbrada, sin enojos ni contrariedades, quizás sin comprender, con esa paciencia tan poco progresista. Tú y tus buganvillas, geranios y playas, cuando íbamos al Agua Dulce y nos lavábamos el agua salada en los chorrillos de los acantilados.

Hasta siempre, Virginia, hasta siempre. Ya no creo saber, pero sé que creo profundamente en tí.

Juan

EL TRATO

Rosa Málaga

Nacida en Lima, en 1948, siguió estudios de Periodismo y Ciencias Sociales en la Universidad Católica, entre 1965 y 1973. Se ha desempeñado como periodista en los diarios Expreso, Marka, El Observador y La Razón y, actualmente, colabora con las revistas Mujer y Sociedad, Manuela y Viva. También ha sido Directora de la Oficina de Prensa de la Municipalidad de Lima. Ha recibido el premio del concurso periodístico convocado por el Colegio Médico del Perú, en 1983, y el Premio Nacional de Periodismo (1984), otorgado por el Colegio de Periodistas del Perú. En el concurso "Magda Portal" obtuvo una mención.

Felicidad Camasco puteó para sus adentros cuando los codos se le crisparon y la mano que alargaba para coger el vaso de agua de su mesita se le cayó como una piedra a un costado del vientre apergaminado y desnudo. Es la muerte, pensó y casi tuvo la certeza que ahora sí se la llevaría sin darle tiempo siquiera a un gesto torpe de despedida.

Intentó nuevamente coger el vaso mas un nuevo escalofrío atravesó de un extremo a otro su cuerpo. Quemaba, quiso incorporarse, juntó las piernas penosamente arrastrando las sábanas pegajosas que la enroscaban. Deseó flexionarlas y dar un salto y pisar el cemento y agarrarse de las paredes y gritar con todas sus fuerzas que por favor la ayuden, que estaba agonizando, que abran la puerta, que la salven, que no era su hora, pero apenas logró dibujar la desesperación en su rostro.

Temblaba desde el día anterior, podía escuchar las olas agitadas de su respiración y el acompañamiento lánguido a sus estremecimien-

NOTA DE LA EDITORA: Respetando la negativa de la autora a la revisión de su texto, éste se publica en las condiciones en que fue presentado, escapando por ello al cuidado de la edición.

tos que hacían los flejes de su cama de fierro ¿Cuántos días habían pasado desde la fiesta?. Tres, cinco, una semana. Al principio oía con nitidez la bocina del panadero de la tarde de Pisco. Probablemente no se podía mover desde ayer, o antes de ayer. Tenía la boca seca y un sopor de mierda que la llevaba por los recodos más ocultos de su pasado.

Nadie entraría en su habitación, podría jurarlo. Se le hacía difícil respirar y abrió la boca. Sintió dolor y como un aguacero helado y punzante que le invadía los pies acalambrados y tiesos. Alcanzó a verlos, atónitos, humildes ante la majestad de la muerte, reos presentes de un juicio injusto, delicadamente maquillados para el último tirón con esmalte rojo sangre en las uñas.

Fue entonces cuando vio a Don Mario sentado al borde de su cama, el viejo llevaba el mismo bividí sucio y raído que tenía cuando lo sorprendió el silencio eterno, hacía unos 20 años. La miraba fijamente desde sus ojos claros y pequeñitos. "Carajo —pensó Felicidad— es el fin" y tragó de una sola bocanada el intenso sabor de una amargura tardía y desatada que hurgaba despiadadamente su pecho y sus entrañas. Cerró los ojos y debió quedarse dormida porque cuando los volvió a abrir era apenas una niña corriendo por la arena pajosa de San Andrés, una niña perdida en la playa, llamando a su madre.

"Felicidad, bonito nombre", dijo Don Mario cuando su madre la llevó por primera vez a la tienda. Luego iría ella sola con su libretita. Allí anotaba la mujer de don Mario, una gringa narigona y desgarrada, los panes, la leche, la harina, el té, la sal, el aceite, los jabones, el vino, en una caligrafía impecable, los precios al costado y la suma debajo de una raya. Los pagos se hicieron espaciados desde que su padre empezó a irse, sigilosamente, de a pocos, igual como parte la vida. En realidad, Felicidad nunca supo si a su padre se lo engulló el mar en un atardecer picado y terroso o si se largó simplemente tras los ardores de otra mujer.

Lo cierto es que pasaron muchos años antes que se enterara del misterio de su vida desgraciada, a la zaga de un hombre de la edad de su abuelo, mezquino hasta con sus sentimientos, al que dio todas

las hijas que jamás quiso y del que, en su agonía, sólo podía recordar el terrible olor a vino quebrado que salía de su piel y sus feroces ronquidos.

El viejo seguía allí, no se movería hasta que ocurra. Felicidad se alegró al imaginar que los fantasmas también podrían tener cachos y se revolverían en sus tumbas, porque lo veían todo, observando a sus viudas jadeando de placer con el mejor amigo, el vecino, o un desconocido. Miró con miedo y le pareció notar una sonrisa en el rostro de don Mario. Me lee, se dijo, debo estar media muerta y este pendejo sabe lo que estoy pensando.

La noche de su casamiento Felicidad estrenó un sostén de tocuyo hecho por su madre y una batita con blondas. Tenía 16 años y llevaba sobre su cuerpo los ojos de Don Mario unos 3 años atrás. Esa mirada acerada la seguía dentro y fuera de la tienda, en la Plaza de Armas, el mercado, la playa, justo desde la mañana que el viejo llegó a su casa, con luto y su sombrero descolorido cubriéndole el pecho, y se sentó en la mesa con su madre, luego que la sacaron a ella y a sus 5 hermanos. Después su madre la llamó. Don Mario pidió que abra la boca y observó detenidamente sus dientes, pegó la oreja a su espalda, la hizo estirar los brazos y husmeó por su cabeza.

Aquella noche que apareció su madre por la tienda y la hizo llamar, y le suplicó que no le dijera a Don Mario lo que ella iba a decir y le rogó que la perdonara, y que perdonara su abandono y que perdonara su error, Felicidad cargaba a su tercera hija y sólo quería decirle que dónde había estado, que porqué nunca vino a la tienda, que qué fue de sus hermanos, que por qué tanto sufrimiento.

Entonces la mujer lloró con esos llantos desbocados del arrepentimiento. Dijo que el trato era que una vez se llene la libreta, Felicidad iría como criada a trabajar en la tienda. Que luego se llenó esa libreta y luego otra y otra, y hacía hambre y sus pobres hermanitos y entonces Don Mario cambió el contrato. Ni una libreta más, será mi mujer y mi criada para cumplir lo pactado. Entonces la madre fue al cuarto del viejo, se ofreció, imploró "pero era demasiada deuda", dijo la mujer.

A Felicidad se le aguaron los ojos de pura lástima cuando recordó su matrimonio. Sólo estaban Don Mario, ella, su madre y Don Taniyama, el de la ferretería. No hubieron festejos ni cumplidos, de la municipalidad pasaron a la tienda, allí su madre recibió la última entrega de víveres. No la vería hasta 4 años más tarde. El cuarto de Don Mario, en la trastienda, era exactamente como ella creía que era. Dos camas, un ropero viejo y desvalijado, una mesa de mármol con un espejo, una foto de Mussolini, unas maletas. Esa noche Felicidad se encomendó a todos los santos, se echó vestida, no pegó los ojos. Rezó con tanta desesperación y desasosiego que la madrugada la sorprendió en un rosario inacabable, recitado en voz alta, con credos y letanías interminables, misterios inventados y un clamor estrepitoso porque Don Mario no la toque.

Fue recién a la cuarta noche que Don Mario se aproximó a su cama y la llamó por su nombre. Felicidad vio entonces a un viejo de rodillas que balbuceaba como un niño y le pedía por caridad que lo acepte, que no le haría daño, que lo único que quería era que le dé un hijo hombre y que cuando eso ocurra no la molestaría más. Lo que cumplió prolijamente, aunque desde el nacimiento de su sexta hija, a sus tantos años se le acumularon nuevos olvidos y pasaban años de años en abstinencia total y Felicidad podía entusiasmarse con la idea que se acabó, que no rozarían su cuerpo esas piernas flacas y flácidas de viejo ni tendría sobre ella la barriga redonda y extensa de su marido, mas la ilusión se deshizo 3 veces en 15 años, cuando en medio de vómitos y escalofríos abortó indistintamente fetos femeninos que jamás alcanzaron los 5 meses de maduración.

Las moscas que revoloteaban por la habitación se posaban en la boca, la nariz, las piernas de Felicidad. Ella supo que tras la fiesta no tuvo tiempo de lavar los vasos ni recoger las botellas. Llamó a Adán aún con la certeza que no estaría y dudó que hubiera estado allí alguna vez. Adán llegó una tarde y pidió una cerveza. Tendría unos 30 años y una filosofía extraña de la vida. Nunca dijo de donde venía, nunca se despidió ni dio cuentas de su destino ni paradero. Volvería, en 3 ó 4 meses más, como solía llegar, como si hubiera salido a

comprar una cachina, sonriente y clandestino.

Felicidad deseó a Adán como se puede desear a un hombre que jamás nos pertenecerá.

Tras la muerte de Don Mario y un luto cerrado de 3 meses, innumerables misas de difuntos donde más que llorar a su muerto, agradeció al cielo por haberle hecho finalmente el milagro que esperaba desde los 16 años. Felicidad recobró bríos y se empeñó en renovar su negocio. Cambió los viejos anaqueles, pintó la tienda, llenó los estantes de mercadería nueva. La tienda de la viuda se convirtió en punto de reunión obligada de hombres y mujeres de la provincia. Fue tras el mostrador que sus hijas conocieron a los jóvenes que luego se las llevarían como esposas. Allí recibiría ella propuestas amorosas de algún que otro pretendiente, como el viudo Andrés Medina, quien durante 8 años le compró religiosamente una bolsita de revolución caliente cada día, llegaba a media mañana, luego abría la bolsita y se metía a la boca una por una, haciendo sonar los dientes y sacándose los resquicios con la uña del dedo meñique mientras hablaba de política, del clima, de la hija del vecino y de lo que sea, hasta que al octavo año abrió su corazón jubilado como una flor que cerró para siempre tras un no discreto pero definitivo de Felicidad o el maestro Roté, quien simplemente le dijo que sufría una gran frustración porque nunca había desflorado a una mujer pero intuía que una como ella, que llevaba tantos años sin marido, sería igual a una virgen, así que por qué no hacían la prueba.

Felicidad estaba empapada de sudor y orines, estampada e inmóvil. Con los ojos fijos en el techo de su habitación resolvió casi dejar de recordar. Era el mismo techo que vio hasta el cansancio la primera noche que llegó allí. Las mismas vigas simétricas y altísimas de sus atardeceres alucinados y hermosos con Adán. Ahora sería su último paisaje. Cuando llegó Adán la tienda estaba ya convertida en un depósito de licores. Sin sus hijas la tienda era muy aburrida. La cantina era mejor, venían los hombres y se emborrachaban, cantaban, contaban chistes, y aunque no participaba, era agradable por lo menos sentirse inmersa en un lado de la vida que acababa con sus silencios.

Aquella noche que Adán se quedó una vez que todos se habían ido, Felicidad no dijo nada. Guardó sus botellas, lavó sus vasos y se metió en su cama. Él se sentó al borde del lecho, le dijo "arrímate", se sacó la camisa, el pantalón y la abrazó como nunca nadie lo había hecho. Hicieron el amor como dos condenados a la pena capital que cumplen su último deseo.

Felicidad no pudo dejar de esperar. A sus 60 años ni siquiera pensó qué clase de tregua era esta. La provincia la vio transformada, se tiñó el pelo, se ajustó la falda, se puso pañuelos, maquillaje, perfumes. Cada día era uno menos antes de la llegada de Adán. Patética en sus afanes de rejuvenecer, Felicidad canturreaba ensimismada a las mañanas soleadas, las tardes de paracas, las noches salinas. La ciudad la vio levitar por las calles, mirándolo todo de un modo distinto tras sus pestañas postizas, conoció su risa fresca y voluptuosa. Era el amor.

Pero no habrían ya más saldos pendientes. La muerte trabajaba aprisa en la misma habitación donde Adán la había poseído una y tantas veces, mientras los amigos brindaban por la vida y el amor al otro lado de la división de madera, aplaudiendo los gemidos más logrados y pidiendo, tal vez, repetición. Nadie entraría en su habitación, Adán volvería en 3 ó 4 meses y el viejo Don Mario, con sus ojos acerados, aguardaba, ahora silbando una canción con su boca de aparecido, calculando quizás las trampas de un nuevo trato.

Malena Barrenechea Ariza

Nacida en Chimbote, en 1961, ha vivido en diversas ciudades del país debido al trabajo de su padre. El período de sus estudios secundarios, por ejemplo, transcurrió en Ayacucho, Sicuani y Cajamarca, y fue en la Universidad Nacional de Cajamarca donde siguió la especialidad de Sociología. Trabajó por algún tiempo en proyectos relacionados con su carrera, como el estudio sobre centros poblados (Jaén, Bagua y San Ignacio) para PRODERIN (Proyecto de Desarrollo Regional Integrado de Cajamarca). Ha escrito desde los 9 años, pero fundamentalmente poesía; "Fuegos" fue el primer cuento que escribió y con él obtuvo una mención especial en el concurso "Magda Portal". Su participación la ha impulsado a seguir escribiendo y a valorar lo que hizo antes, pues continúa practicando la narración breve y proyecta publicar una selección de su poesía.

Mientras asegura con movimientos mecánicos la pequeña puerta del corral, sus ojos acechan voraces la débil luz de la casa del valle. Ya no hay movimientos, sólo la luz. Adentro estará el Faustino, con ella, quitándole el frío. Queriendo a la Lucila. Maldita la Lucila. —¡Maruja!— y ella acude al llamado de la madre. —Habrás trancado bien la puerta, no sea que dentre otra vez el zorro—. Asiente la Maruja y con su hosco gesto de siempre se acurruca en la cama.

A solas, en la noche, puede pensar tranquila, sin los gritos de la madre, sin nada que no sea él. Faustino. Desde chiquita ella lo quiso; "tan viejo ya", le decían, "y borracho", pero cuando él empezó a perseguirla ella empezó a florecer. Sus manos, su cuerpo. Y en las tardes, por todos los rincones del campo, ella calmaba su sed. Se estremecía con los juegos del Faustino.

Una y otra vez maduraron los campos. —Ya nos juéramos de asiento pa'abajo— pero ella seguía pensándolo, —pa' que te mueras de hambre, pa' que te arree a patadas— no descansaba su madre. —El Manuel quiere sacarte, hasta se casan dice, salte de una vez con él, tiene casa ya, y cuando se muera el Santos, todo será para ustedes—. Pero por más que lo pensaba, por más que sabía que era

cierto, no podía. Faustino. Y corría tras él, tras su risa, tras la fuerza del Faustino.

Fue cuando lo pensaba, cuando estaba dudando, que apareció la Lucila. Decían que llegaba del Tambo, huérfana, a la casa de sus tíos.

Nunca antes la había visto. Decían que tenía dieciséis años, que era bonita, que tan largas sus trenzas, que era blanca, que hasta parecía gringa. Tanto decían. Todo de ella. Todo de él.

Y a ella se le acabó el tiempo, ya no tuvo nada que pensar. Y corría en vano. Para ella ya nunca más estuvo el Faustino. Por todos los rincones del campo mordió sus carnes el vacío, la llenó el silencio. Por las mañanas, con el sol quemando sus recuerdos, estrujó sus ansias; ardiendo en su locura, cansada de esperar, se durmió mil veces en todos esos rincones. Faustino.

Que él y la Lucila se juntaran y se fueran a vivir juntos fue inevitable. Ni siquiera tuvo tiempo de imaginarlo.

Desde su casa del cerro aprendió a vivir la vida de ellos, a vivir con sus horas, a espiar su amor. El acecho se hizo una costumbre, como un animal. Siempre espiando, siempre esperando. Como el zorro; como el lobo.

Cómo cambió el Faustino. Ya no era más un borracho. Cuando creció la barriga de Lucila, él comenzó a trabajar más fuerte. Sólo vivía para trabajar y para querer a la Lucila. —¡Maldita!—.

Todavía no nacía su hijo cuando él encontró un trabajo en la ciudad; salía de madrugada, a las cuatro ya se estaba yendo para subir al camión de la leche. A las cuatro y media pasaba el camión. Tres veces ella lo siguió; enloquecida de amor se aferró a él. Primero, él la rechazó con dulzura. Después, le dijo que lo olvidara. —Ya tengo responsabilidades, la Lucila, mi hijo—. Estremecida de dolor, corría a su casa jadeando de odio y deseo.

Hasta que nació el hijo. Cuando llegaba la quincena, él y la Lucila, con su hijo a la espalda, se iban por su sueldo. Volvían repletos de luces. La Lucila con sus vestidos floreados; hasta zapatos tenía. Y su hijo. Y él.

Ya estaban comprando madera, se harían una casa grande. Todos

decían. Todos sabían. Es lindo el hijo, decían. Hombre además. Si se murieran la Lucila y su hijo.

Allí, acurrucada en su cama, ella era feliz cuando soñaba. Cada noche, estremeciéndose de amor, retornaba a su Faustino, a los juegos del Faustino. Y ya no estaban ellos; ni ella, ni su hijo, ni su madre, ni el corral, ni el frío, ni el adiós.

No le costó nada decidirse. Hasta tramar el último detalle había sido simple. —Dirán que se desparramó el kerosén, que se cayó la lámpara.

Desde el mismo anochecer estuvo ella acechando. En la casa de abajo se acostaron muy temprano. Sólo los perros en la noche. Ella y los perros. Avanzó la noche y a las cuatro salió el Faustino. Como siempre, lleva la linterna para alumbrarse. Ella lo mira alejarse, hasta que desaparece la luz de la linterna. Y aún espera; cuando el Faustino sube al camión de la leche, ella baja hacia la choza. Será fácil, cuestión de un ratito. Tiembla, pero tiembla de amor, no puede controlar su felicidad. Se acerca muy despacio y, con las cabuyas que ha preparado, ata lentamente la puerta, se da el trabajo de hacerlo de arriba a abajo, de abajo a arriba. La Lucila no sentirá, se despierta tarde; dicen que el Faustino toma su desayuno en la obra. Ni desayuno le prepara. Ni eso hace. La maldita.

Tras el último nudo, prende el trapo empapado de kerosén y lo arroja a la parte de atrás, así cuando sienta el fuego ya nada podrá hacer. Y aunque lo sintiera antes.

No puede evitar la deforme sonrisa cuando, en loca carrera, se lanza cerro arriba. Despertará con su madre. Tiembla convulsa frente al fuego que estalló esplendoroso en medio del valle. Por la tarde, cuando llegue el Faustino, ella estará allí, llorará con él, le tenderá las manos, lo abrigará del frío. Tiembla. Lo amará otra vez. Por todos los rincones del campo la seguirá otra vez. Y la alcanzará. En todos los rincones. Faustino.

Cerca de las obras, del camión de la leche baja la Lucila, con su hijo cargado a la espalda. Se detiene entumecida. Tanto frío. Hace varias noches que cae muy fuerte la helada. Con razón se enfermó el

Faustino; se hizo el valiente, pero hoy ya no pudo levantarse. Tanto que quemaba. Dizque el ingeniero lo bota si falta. —Si alguna vez no puedes venir, avisa con tiempo, siquiera para ver a tu reemplazo y no perder el día—. Por eso vino ella, por eso está allí, hablará con el ingeniero, le avisará y con las mismas se regresará. No sea que la enfermedad del Faustino sea grave. Con tanta fiebre. Y tanto frío que tendrá el Faustino en la choza, pobrecito. Tan solo. Y con tanto frío. Faustino. Y corre.

DESDE EL BALCON

Gladys Rossel Huicí

Nació en Lima, en 1946. Asistió a cursos de Periodismo y de Filosofía, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, aunque sin concluir dichas carreras y, posteriormente, a cursos de Historia del Arte y de Cultura General en L'Università Italiana per Stranieri di Perugia. Se define a sí misma como una escritora compulsiva. Ha participado en diversos talleres de narración y ha recibido menciones en los concursos: "El cuento de las mil palabras", de Caretas, en 1988; y en los de Centromín, el mismo año, y de Sur, Casa de Estudios del Socialismo, en 1989. Tiene publicados un libro de poemas, en Santo Domingo, titulado "A través de mis ojos" (1982) y un libro de cuentos llamado "Al ladrón se le olvidó la luna en la ventana", en Lima (1989). Además, listo para su publicación, tiene otro libro de relatos titulado "¡Mala cosecha! ¡Mala cosecha!".

Tantas veces contándose el mismo cuento, hasta terminar creyendo que era realidad.

Siempre igual: la maleta bajo el brazo, rellena con retazos de su vida y las rutinarias prolongaciones de su cuerpo. Después, el aeropuerto, el avión, el arribo y la gran ciudad soñada abriéndosele en una interminable entrega.

Tantas veces, miles, con el mismo final, murmurándose el sabor del triunfo: *veni, vidi, vici*.

No lo podía creer. Recién llegada a Italia, en primavera, hacía su ingreso al pequeño ático que le alquilaron en la azotea de un herumbroso edificio en Trinità dei Monti, junto a las escalinatas de Piazza Spagna, ahora recubiertas por miles de cestos rebosantes de flores.

Olía a Roma. Sí, ése era el olor de Roma, se lo habían dicho: —Es indescriptible, huele a promesa, a puertas que se abren, a flores, a triunfo, a cultura y, por sobre todo, huele a amor—. Aspiró con fuerza, absorbiendo una buena porción de Roma por sus fosas nasales. Terminado el cuento de tantos años, resultaba inaceptable la realidad.

Abrió la maleta de cartón prensado y empezaron a salir sus escasas pertenencias: dos pantalones blue jeans, las blusas, su modesta

ropa interior, algunas chompas de alpaca, gran cantidad de sobres conteniendo chicha y mazamorra morada, ocopa y, finalmente, apareció su caballete desarmable y los cuadernillos repletos de apuntes hechos al carboncillo, con los que pensaba presentarse ante sus futuros maestros cuando obtuviese la beca. ¿Cómo no iba a triunfar si todo se le ofrecía tan propicio?

Lima lejana dolía, no demasiado, estaba allí, al otro lado del charco, esperándola con los brazos abiertos y esa maravillosa calidez de vientre materno, con sus interminables grises tenues, los choclos gordos y el sabor explosivo del cebiche. Sintió deseos de lloriquear un poco sus nostalgias cholas, pero toda Roma interfería sus regresiones sin ningún respeto: abajo, las escalinatas floridas, más allá, Piazza del Popolo con sus iglesias imponentes y, por todos lados, la belleza chorreando luz y brisa suave, jalándole los ojos hasta marearla con la alucinante borrachera que le producía beber a grandes sorbos ese mágico mundo ajeno.

Y después, cada día igual. Elisa seguía entusiasmada; los dos meses de incansable corre corre, en pos de la beca y el ingreso a la Escuela de Bellas Artes, no menguaban su alegría ni la fascinación de las tardes, cuando se instalaba en la terraza de su mini departamento, frente al caballete, circundada por las siete colinas de Roma.

En realidad, su mini departamento no era más que un cuarto pequeñito y la terraza, convertida en atelier, sólo un pedazo de azotea; pero sonaba lindo pensar mini departamento, como sonaba estupendo el descubrimiento de que en Italia se les llama palacios a los edificios y, entonces, era asunto de cada quien "sentirlos" como le diera la gana.

La soledad, las dificultades y la estrechez económica no interferían con sus sueños. Elisa hacía progresos, pese a su timidez y a los balbuceos de su deficiente italiano. Ya tenía una casi amiga, la vecina del tercer piso, una chica inglesa; no era mucha amistad, sólo unas cuantas palabras entrecruzadas en el ascensor y en el cafetín de la esquina, en donde coincidían a veces a la hora del desayuno. Se llamaba Cathy, vivía en Italia desde hacía año y medio y trabajaba

ocasionalmente haciendo de doble en Cinecittà; seguía estudios de teatro. Cathy era el apuro con faldas, siempre contra el reloj, corriendo para llegar en punto a una cita, alcanzar una clase o cualquiera de sus múltiples compromisos, pero aun así, informándole a la pasada sobre los vecinos, las costumbres del lugar, los paraderos de los buses, los museos y los sitios que pudieran ser de utilidad para la recién llegada. Las despedidas eran siempre las mismas: —Te iré a visitar uno de estos días, cuando tenga tiempo—, pero no parecía encontrar ese día.

De todos modos, los trajines de la peruana andaban por buen camino; pese a la falta de cupos en Bellas Artes, había la oferta de crear una vacante y otorgarle la codiciada beca a cambio de un solo requisito indispensable: que pintara algunos cuadros al óleo para acreditar sus méritos.

Y cada tarde algo sucedía sobre las escalinatas de Piazza Spagna. Elisa, desde su improvisado atelier, descubrió que en el edificio de enfrente, sin fallar un día y siempre a la misma hora, un hermoso muchacho se acodaba en el balcón de cara a sus veinte años hasta la última gota de sol. Ni un gesto, ni un saludo, ni una sonrisa con cualquier intención; sólo allí, puntualísimo, expectante bajo el marco de sus ensortijados cabellos color bronce que resaltaban los rasgos de estatua romana. Lo bastante cerca para perturbar el trabajo artístico y lo suficientemente lejos y enigmático como para alterar el equilibrio hormonal de la pintora.

Los primeros quince días sirvieron para que el vecino mirón se enterase de que las limeñas no son cualquier cosa fácil. La indiferencia absoluta debería hacerle comprender que el abordaje tenía que llegar con mucha clase. Elisa pintaba, mejor dicho, intentaba pintar, ignorando la observación absorta de la que, ostensiblemente, era punto focal. De todas formas, su arreglo minucioso, con cambios de peinado, párpados sombreados y exhibición de trapos, evidenciaban discretamente sus deseos de agradar.

Las tardes pasaban, una tras otra. Allí el romano a la misma hora y, también a la misma hora, el caballete y la peruana que ya

no podía soportar tanto hermetismo ni mucho menos acertar las pinceladas. El calor primaveral justificaba los shorts, las blusas chiquitas, voltear la cara para tomar un poco de aire fresco y alguna sonrisa involuntaria que se escapaba hacia el balcón. Debía ser muy tímido, realmente increíble tratándose de un romano, si es que lo era.

Elisa comenzó a merodear disimuladamente el edificio de enfrente hasta que ocurrió el encuentro; el muchacho bajaba de un auto en compañía de una anciana de aspecto circunspecto a la que conducía tiernamente, tomándola del brazo con ambas manos. Elisa sonrió antes de murmurar *buon giorno*. No hubo respuesta, siguió de largo dejándola en la incertidumbre más completa. Imposible saber si no la había visto, los anteojos para el sol le ocultaban la mirada. Sintió que se le doblaba el corazón. Los tres meses de soledad en una Roma muy difícil de conquistar la habían vuelto hiper sensible.

Cathy, claro, Cathy podría aconsejarla.

Premunida de la fuerza del amor, se aventuró a dejar una simpática notita debajo de la puerta de su vecina, invitándola a probar mazamorra morada.

A las tres en punto el romano misterioso ya estaba en el balcón. Apareció Cathy. Desfilaron los bocetos entre la charla intrascendental, además del único cuadro al óleo, inconcluso, que definiría la obtención de la beca.

Antes que pasaran veinte minutos, y con la última cucharadita de mazamorra morada, los ojos de la inglesita se clavaron en su reloj pulsera. —¡My God!, ¡me tengo que ir!

- Quería contarte algo —se animó a decir Elisa— creo que estoy enamorada, quería que me aconsejaras, no sé qué hacer...

- ¡Qué bueno! es muy malo estar sin pareja. Mira nomás al patricio. —Su brazo se extendió, perforando el aire, y su índice apuntó al vecino de enfrente.

- ¡No lo señales! se va a dar cuenta que estamos hablando de él— se alarmó la peruana.

Cathy sonrió con cierta condescendencia. —¿No sabes? Se llama Giorgio, pertenece a una familia patricia, ¿me entiendes? de la no-

bleza. Bueno, hace dos años que está ciego y no quiere frecuentar a nadie. ¡My God! ¡qué tarde es! Mañana me cuentas sobre tu boy friend y me invitas otra deliciosa mazamorra morada. —Se fue corriendo.

Todavía resplandecía el sol cuando Elisa, una Elisa cargada de fuerza y melancolía, comenzó a pintar, con trazos firmes, el cuadro del muchacho apoyado en el balcón.

NO ME ENSEÑO LA SEÑORITA

Bethzabé Guevara

Nacida en Lima, en 1957, estudia en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Sin embargo, no habiendo terminado la carrera ha llevado a cabo varios trabajos dentro de ella, como su participación en una campaña para la conservación del Parque Nacional del Manu y el informe sobre dicha reserva, otro sobre los marsupiales, presentado en el Instituto Smithsonian mientras gozaba de una beca, o su trabajo como editora de dos audiovisuales sobre el Mono choro de cola amarilla. Ha escrito anteriormente sobre todo cuentos para niños, pero ésta es la primera vez que publica. Historias como la seleccionada en el concurso "Magda Portal" se originan en relatos orales de su madre.

"Eso es lo que deben decir. ¿Oyeron? y pobre de la que responda o ponga algo en la pizarra; si lo hace, afuera la pasamos por el callejón oscuro, a puñete limpio. ¡No me enseñó la Señorita! y nada más. Esa diabla se lo merece. ¿No estamos ya dos años? ¿Y ella? cosiendo todo el tiempo. ¿Y nosotras? brutas para siempre, sólo palos y jalones de pelo. ¡No me enseñó la Señorita! Esa es la consigna".

Así terminó su arenga Julia penca quien, con sus catorce años, era una de las mayores de la clase. Era flaca, larga y fea; y ahora, con lo filudo de su nariz brillándole y las mejillas enrojecidas por la ira, está más fea aún. Sólo sus largos zarcillos de oro, envidia de todo el salón, le dan un aspecto de india orgullosa que la ennoblece.

Todas las grandes están convencidas de que el acuerdo es justo; las más chicas no entendemos muy bien las razones, pero sabemos que debemos obedecer o pagar las consecuencias. Julia penca tiene un puño duro y no le teme a nadie, ni a la Señorita.

NOTA DE LA EDITORA: La autora dejó expresa constancia de que el léxico y la sintaxis utilizados intentan reproducir los del habla chotana.

Si basta recordar que, en uno de los tantos días que llegamos a la escuela, encontramos todas nuestras sillas en medio del pozo de barro batido que está en el traspatio. Comúnmente eran una o dos las sillas que encontrábamos "castigadas" en medio del barro para adobe, cada una con su respectivo cartelito: "Aquí está Abdulia por reilona"; "aquí se arrodilla Lucinda por pegalona"; "esta es Imelda por no quererme". Esa vez no hubo cartel explicativo, pero fue obvio que seguían siendo César o José, los hermanos menores de la Señorita. Seguramente fue en represalia por la apanada que les dieron las chicas a la salida del día anterior.

Así estábamos todas, ocupadas en reconocer y sacar nuestras sillas sin ensuciamos, cuando llegó la Señorita: "Muchachas forajidas, desgraciadas, lo hacen por molestarne" y, tomando la primera silla que encontró, la levantó en alto, siguió avanzando con ganas de agarrarnos a alguna; todas corrimos espantadas a su paso, como palomas ante un halcón en picada. Vimos que Julia penca no se movió, al contrario, se paró fuerte y con ambas manos en alto recibió el sillazo y, con las mismas, se lo devolvió a la Señorita. Ella, que no se lo esperaba, lo recibió en la frente y se la rajó; reaccionó con un grito, se tapó la cara con ambas manos y se fue corriendo a encerrarse en su cuarto de costura.

Esa fue la única vez que recuerde en que, después de un incidente, no fuéramos nosotras las que saliéramos mal paradas; debe ser, como dicen las chicas, que la Señora Rosa Campujón cría a Julia como si fuera su hija y por eso es segura y terca.

Hoy, parece que pasaremos el día, como muchos, jugando de lo más bien. Lastenia ha traído su muñeca rubia, ésa que tiene carita de porcelana; Priscila ha traído, en cambio, su muñeca de pan de dulce, que es un bollito con las mejillas brillantes por la clara de huevo y la boquita dibujada en pan rosado; pero la mayoría nos juntamos para jugar a la comidita, por eso yo traigo, escondidos en mis mangas, ataditos minúsculos con arroz, salcita, olluquitos, papitas chiquititas, o lo que encuentre; otras recogen "naranjitas" o "manzanitas de amor", como les llaman algunos, y las venden en nuestro "mercado".

Unas hacen de mamás y cocinan en nuestras ollitas de barro que cuando les ponen leña nos hacen comer de verdad. Lucila es la chistosa que hace de "marido": coloca sus manos en la cintura y se pasea alrededor nuestro dando grandes y pesados pasos, mientras pone cara seria y frunce las cejas exageradamente; luego, se para en medio del salón y grita "¿Qué, todavía no está mi comida?" e, hinchándose como un pavo, sigue dándole vueltas a las cocineras.

También jugamos a la pega-pega y por ese juego se quedó Julia con el mote de "Julia penca", porque a la que la chapa la agarra a pencazo limpio, con hortiga o con lo que sea.

Bueno, hoy jugaremos si es que no se les ocurre a las mayores hacer su revolución. Sí, ya son varios días que no vemos a la maestra, en esos casos nos dicen que gritemos todas al mismo tiempo y hasta que golpeemos las sillas con palos y el piso con los pies. Así lo hacemos, ya por "fastidiar a la vieja" o, simplemente, "para ver si viene a enseñarnos algo".

Pero esa forma no es buena, porque viene ella o su hermana y nos agarra a sopapos de la primera a la última; o también, lo que es su especialidad, nos agarra de a dos, así que estamos sentadas, y nos choca las cabezas; "pog, pog" suenan las pobres como si estuvieran vacías, y a la casa sin enseñarnos nada.

A mí eso me da tristeza y desilusión, las dos cositas juntas. Siempre quise aprender a leer y cuando mi tío Raúl me enseñó algunas letras, al mismo tiempo que convencía a mi abuela de que si me mandaba a la escuela no sólo iba a aprender "a escribirles cartas a mis enamorados", y más aún, cuando la convenció de que gastara los siete reales que costaba la mensualidad en la escuela más cercana, esa vez creí que aprendería.

Pero esa escuelita de las Señoritas Vigil cerró dos meses después y mi abuela me trasladó a esta "escuela del estado en donde te enseñarán mejor y no cobran". De las Señoritas me han quedado dos canciones y la imagen de un elefantito detrás de la "E" y un rico racimo de uvas colgando de la "U", cosas que algún día me iré lejos a conocer.

La primera y única clase que me enseñó la Señorita fue la hoja de entrada del libro, "Rosita y Pepito"; la repetimos durante toda la clase de paporreta:

"Rosita y Pepito son dos hermanitos.

Rosita quiere a Pepito porque la cuida mucho
y Pepito quiere a Rosita porque es chiquita y bonita.

Juntos van a la escuela".

Yo, cuando puedo, recorro con mi dedo las letras mientras recito la estrofa con mucho gusto; tal vez así se me queden las letras y aprenda a leer, por eso siempre traigo mi libro.

De verdad que la Señorita es muy viva, el año pasado nos hizo dar el examen y nos aprobaron por hacer una letra que ella nunca nos escribió o por dibujar un animalito que ella nunca nos dibujó. A mí me pidieron que escribiera el número dos y, felizmente, lo sabía; porque las grandes, aburridas de no hacer nada, de vez en cuando nos enseñan. Buen gusto me daría si este año no la dejan robarse trabajo ajeno otra vez.

¡Hora de irse a casa!. ¿Qué me esperará hoy? ¿Qué "encargo" habrá recibido mi abuela? Pueden ser los dos o tres canastones con lana que siempre trae mi tía para torcer y que yo le devuelvo en ovillones con los que ella hace pelloneras que, luego, mi tío vende en la costa. Eso significa para mí varios días con la rueca a todos lados, hasta a orinar.

También podrían ser ollones con maíz para chochoca; si es así, será de alguna vecina que mañana tiene peones y me tendré que amanecer moliendo hasta que acabe. Lo que me molesta de lo anterior, es que mi abuela tiene la ocurrencia de que puedo estudiar mientras muelo y me pone el libro abierto en cualquier hoja y, recostándolo en la pared, me dice: "estudia ociosa", y encima me da un cocachazo que me saca chispas; como si en ese movimiento del batán "tan tán, tan tán" se pudiera entender algo, yo sólo siento que ese sonido me vuelve sonsa y mi espalda se me rompe.

Si no hay encargos, segurito que me manda traer esos atados grandotes de alfalfa para los cuyes o de ramas para leña; lo malo de

eso es que regreso oscuro-oscuro y me da miedo al pasar por detrás del cementerio. Y total, como dice mi tío Alfredo, sólo tengo diez años y puedo creer en las historias de fantasmas y aparecidos que cuentan aquí, en Chota, en Celendín y otros pueblos de más allá.

La que me asusta mucho es la de la cabeza que se arranca de noche para irse a tomar agua, ya la veo rebotando por allí. También me asustan esas señoras que dicen que caminan sin pisar el suelo, que te llevan a que te desbarranques, menos mal que ellas buscan a los hombres que regresan borrachos. Pero lo que nunca quisiera ver son esas procesiones que, en la oscuridad, sólo se ven sus velas, mientras se escucha el arrastrar de las cadenas de las almas condenadas. ¡Achichín! ojalá que no lo vea nunca; por eso, cuando voy con mi atadazo que me llega hasta los talones, cubriéndome como una choza, me achico más y ajusto el paso.

Para mi buena suerte, ayer sólo fue irme con mi quipe de ropa a lavar al río; lo malo es que cuando regreso el paquetón pesa más. Pero, en fin, llegué al gran día del examen final. Hoy, me he levantado temprano para poder ir a la escuela despacio, mirando lo bonito que encajan los adoquines de piedra en la vereda y cómo corre el agua de la última lluvia por el canal central de la calle. También me gusta mirar las tejas de encima de las casas, pero no lo hago mucho porque, según las enseñanzas de mi abuela y el pellizcón que lo acompaña, "las muchachas decentes andan modestitas con los ojos bajos", y yo lo soy.

Ya está aquí el inmenso portón de la casa de Don Eriberto Benel; se entra por la puerta chiquitita en una de las hojas y hay que levantar la pierna y dar el paso largo para entrar. Parece que mis otras compañeras también llegaron temprano.

Ya llega la hora. Todas estamos sentadas garrapateando cualquier cosa sobre nuestras tablillas, que descansan en nuestras faldas. ¡Vaya que las autoridades del pueblo se hacen esperar!

Ahí llegan, son el mismo alcalde y el cura del año pasado; el alcalde está con su terno negro, su camisa blanca y su corbata negra con prendedor de oro; el cura está con sotana, larga y negra, la que

siempre asocio con el "cura calabazo", ése de Lajas al que le cantaban la copla: "El cura calabazo, cuando oye las campanas, corre como un gallinazo". Se había quedado con ese apodo desde el día en que, por borracho y enamorado de chicas, viejas, solteras o casadas, el pueblo lo paseó calato, montando un burro y colgando de su cuello un calabazo con cal y una talega de coca, mientras que del pecho pendía el cartel definitorio: "Este es el cura calabazo", y así se quedó.

La Señorita Julia Benel está con su mejor traje y es toda sonrisas, los ha hecho sentar uno a cada lado suyo y les señala no sé qué sobre el pupitre. Ya comienzan a llamar, silencio.

"Ester Cieza", dice el alcalde con voz grave.

El silencio se vuelve intenso. Ester, con su pelo corto y su vincha blanca, sale pálida de su sitio.

"A ver hijita, escribe el número uno en la pizarra".

Ester toma la tiza y la mira.

"Vamos niña, no seas tímida", dice la Señorita con un tonito cariñoso que no sé de dónde ha sacado.

Ester mira a Julia penca que, por debajo de la única carpeta del salón, le enseña el puño. Ester baja la mirada y dice:

"No me enseñó la Señorita". Se escucha bajito, pero con todas sus letras.

El cura mira al alcalde y el alcalde mira al cura, ambos, mudos, voltean a mirar a la maestra que palidece en su sitio. El alcalde se dirige a Ester:

"Hijita, entonces dibuja un patito, anda".

Ester, ya con un gesto de llanto, responde:

"No me enseñó la Señorita".

El alcalde suspira y continúa:

"Bueno, está bien. ¡Adelaida Gasco!"

Miro con cariño a Adelaida, mi mejor amiguita. Ella es la que peina mis canelones, dos a cada lado y dos atrás, cuando mi abuela se va a Hualgalloc y me abandona a mi suerte por meses. Ahí sale mi amiguita.

"Escribe una U, hijita".

"No me enseñó la Señorita", responde inmediatamente Adelaida, ya más confiada.

En cambio, el alcalde está molesto y fulmina a la Señorita con la mirada, ella permanece muda. El cura interviene para apaciguarlo.

"Esa niña, señor Alcalde, por favor". El Alcalde accede.

"A ver, a ver, esa gordita coloradita no me va a fallar. ¿Cómo se llama?", le pregunta a la Señorita.

"Teófila Gálvez".

Yo, de los nervios, me he puesto a arreglar mi vestido blanco con puntitos morados, la pechera me queda bien y el listón de atrás es gracioso. Me gusta mucho porque me lo hizo mi tía Leonor de la tela que mi tío Alfredo me mandó desde Chapén y...

"Vamos niña, apúrate. Ven y escribe una O en la pizarra", el cura me habla sonriente.

Está bien, voy despacio, me voy a parar frente a ellos y mejor bajo la vista.

"No me enseñó la Señorita".

"Vamos muchachita", dice el cura insistiendo, "OOOO, como tus ojazos, OOOOOOO", y dibuja la O en el aire con su dedo.

Si ya lo sé, pero no me lo enseñó ella; voy a poner cara de ignorante, ahí va.

"Es que, no me lo ha enseñado la Señorita, Señor".

Después de eso me mandaron a mi sitio y sacaron a todas, de aquí o de allá, tan sólo buscando a alguna que respondiera algo. Les hacían preguntas como: "Dibuja un gatito", "un conejo", "una raya"; o, dibujando ellos mismos un burro, sin cola ni orejas, les decían que los completaran.

Pero todas, las cuarenta y ocho sin faltar una, repetimos la consigna: "No me enseñó la Señorita" y nada más.

A todo esto, la mentada "Señorita" se hacía de todos los colores y ya no sabía en dónde meterse. Al terminar de preguntarnos a todas, el alcalde cerró su cuaderno, se levantó y, sin mirar ni despedirse de nadie, se fue. El cura, por su lado, tratando aún de mantener la sonrisa, salió tambaleando su barrigaza y mirando de rato en rato

hacia atrás, como si alguien le fuera a jalar la sotana o a poner un cabe.

¡Ay!, la Señorita, sintiéndose sola, empezó con la histeria: "¡Mierdas, cholas estúpidas, marranas apestosas!". Pero para eso nosotras ya estábamos en estampida y a no parar hasta llegar a nuestras casas.

A la semana siguiente, me enteré que había cerrado la escuela y que habían anulado ese año escolar. Supongo que así me quedaré, con sólo el primer año de escuela, porque mi abuela ya ha decidido darme a una tía lejana, pues dice que no tiene plata ni para pagar el medio que cuesta un lápiz Faber. Pero claro, si le digo que los saque de la talega con libras de oro y soles de nueve décimos que esconde debajo de su tarima es capaz de azotarme, colgándome otra vez.

Así que ahora a cocinar con leña, a barrer la casa, a moler chochoca, a hilar a toda hora y a lavar montonones de ropa en el río, igual que antes; pero, con el querido "sobrinito" bien cargado a mis espaldas.

Algún día aprenderé a leer.

MELANCOLIA

Rosa María Bedoya

Nace en Lima, en 1962. Estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima y trabaja como redactora creativa en una agencia de publicidad. Su contacto con la literatura se inicia en un Taller de Narración que Alonso Cueto llevó a cabo en Antares, y continúa y se profundiza en el que Edgardo Rivera Martínez conduce en la Alianza Francesa, etapa en que da forma a sus primeros cuentos. Además de la mención especial obtenida en el concurso "Magda Portal", se hizo acreedora a otra, por el argumento para la historieta "El capitán intrépido y el super cholo", escrito en colaboración con un amigo, en el primer concurso convocado por el Dominical de "El Comercio", en 1988. "Melancolía" es el primer relato que publica.

Sonó el teléfono.

Contesté y sentí ese silencio breve y familiar antes de oír una voz al otro extremo de la línea, un instante de vacilación que yo reconocí como tantas otras veces. Era el tiempo que ella demoraba en responder al "aló", la fragilidad de su voz, el tono especial que ponía cuando, cansada de esperar nuestra llamada, se acercaba al teléfono con la esperanza y la incierta seguridad de encontrarnos.

Pensé en ella. En las largas horas y días que pasaba en su casa sin salir, rezando sus novenas, repitiendo letanías y dedicando sus rosarios a cada uno de nosotros. La podía ver sentada frente a su telar, urdiendo finas hebras de alpaca para sorprendernos después con un chal o una bufanda que no podríamos dejar de usar. Su rostro de viejita mimosa, engréida. Sus ojos que reflejaban la ansiedad de habernos esperado todo el día. Sus pies hinchados. Y en su cocina, siempre con algo listo para calentar en cuanto llegáramos. "¿Abue?", pregunté con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas. "Disculpe, me he equivocado", me interrumpió una voz desconocida, clic, y colgó.

De súbito, una sensación de gran nostalgia se apoderó de mí. Decidí comprarle flores e ir a verla, estar junto a ella. Sería una

sorpresa, como lo era cada vez que la visitaba sin avisar. Ella se alegraba y me decía "te estaba esperando". Juntas preparábamos el lonche. Ella solía hablar del pasado. Contaba lindas historias que me gustaba memorizar. Yo encendía la televisión, mientras Abue se acostaba. Más tarde, la dejaba sola otra vez, luchando contra mi pena y mi culpabilidad.

En ese momento, hubiera querido tocar sus manos tibias y suaves, arrugadas y con grumos en las venas, pecosas y de uñas gruesas. Escogí las flores más bonitas, las que le gustaban tanto. Miré la hora y me di prisa.

Una vez frente a ella, vi mi rostro reflejado en el mármol que nos separaba. En vano mis manos trataron de acariciar los pequeños pies fríos de mi Abuelita.

FAR EST

(un como cuento)

Cármén López de Riedel

Nació en Lima, en 1961. Siguió estudios de Lengua y Literatura en la Universidad Católica, graduándose en la especialidad de Lingüística. Desde hace tres años reside en Iquitos, donde trabaja en un Programa de Educación Bilingüe destinado a grupos de lenguas huambisa y aguaruna. Su ocupación dentro del Programa es la formación de maestros nativos y para ello pasa aproximadamente cinco o seis meses al año viviendo en comunidades. Allí ha encontrado espacio, tiempo y libertad para escribir, y "Far Est" es el primer cuento surgido de esa circunstancia. El género le fascina, pero siempre le pareció muy difícil expresar todo un mundo en unas pocas páginas bien logradas. Esa es una preocupación que se mantiene latente en el peculiar relato que publicamos.

Sakëhat sacó la bolsa de azúcar de la caja y descubrió al fondo una hoja con figuras. Cuidadosamente, la alisó, la miró por ambos lados y se sentó junto al fuego, donde humeaba una olla.

Un hombre y una mujer. Varias como fotos del mismo hombre y la misma mujer. Pero no eran fotos. Sakëhat sabía que en las fotos la gente mira de frente y sólo sale la cabeza, como en la libreta de Chaín, su esposo. El hombre era, seguramente, un gringo y pastor, porque llevaba la misma ropa que los pastores que estaban en Yamayaka. Ella tenía un vestido parecido al suyo, no estaba pintada y llevaba en los pies unos zapatos raros, con palitos delgados debajo. Debería ser difícil caminar con eso. Miró sus pies libres, desnudos, y sonrió imaginándose yendo a trabajar con esos zapatos.

Las dos caras de la hoja estaban llenas de estas como fotos, pegaditas, cada una con otra debajito y a los costados. Había una, al centro, en que estaban los dos en una especie de fiesta (pensaba esto porque había mucha gente y bastante comida en una mesa). El hombre y la mujer tenían cada uno un vaso redondito en la mano y los vasos también tenían palitos debajo, como los zapatos (¿cómo pondrían esos vasos en la mesa? ¿clavados?). En la como foto del costado él ponía

una mano sobre la cabeza de ella y, con la otra, le cogía la mandíbula; el vaso con palito estaba sobre la mesa, derechito, sin caerse. ¡Qué raro!

Había otra, arriba, a la izquierda, en la que ella se miraba en un espejo enorme, tan grande que se veía casi por completo. Sakëhat sabía positivamente que era un espejo, porque se reflejaba la misma mujer.

Había otras tres juntitas que eran también raras. En la del centro estaban los dos metidos en una como casa pero chiquitita, con ventanas grandes a los cuatro lados. Estaban los dos sentados, uno al lado del otro, y él tenía en las manos una especie de aro grande. Ella no hacía nada sino estar sentada. Detrás de las ventanas se veían árboles. En la como foto de la derecha, él abría una como puerta de esta casita y ella se estaba sentando. Detrás, ya no había árboles, sino una casa muy grande, una casa como la escuela, de cemento. Lo raro es que en la como foto de la izquierda, donde él también abría esta especie de puerta de la casita chiquita y ella también se estaba sentando, no estaba esta casa grande detrás, sino un jardín con flores. O sea que estas casitas chiquititas se movían... Jiíp (su hijo) le había contado una vez algo así: una casita chiquitita (sólo entraba la gente sentada y nada más que cuatro personas), con unas redondelas debajo, que se movía muy rápido. Sakëhat hizo un esfuerzo, pero no pudo recordar el nombre.

Las como fotos de la otra página eran casi todas iguales. En la mitad de abajo, ellos jugaban desnudos encima de una tela blanquísima y tenían unos como saquitos de arroz, pero más flaquitos, debajo de sus cabezas. En la parte de arriba de la página, los dos se sacaban la ropa, pero él a ella y ella a él. Dos de estas como fotos le llamaron la atención: en una, estaban los dos parados, con las bocas pegadas, pero él como dándole un mordiscón. En la otra, él chupaba de un seno de ella, igualito como cuando su Jiíp era bebé.

Pero lo que parecía más raro, y estaba en todas estas como fotos, eran unas bolitas blancas con colita que salían de las bocas de ellos dos. Adentro de estas bolitas había unos dibujitos... ¡letras! Sakëhat

asintió en silencio. Sí, ella había visto a Jiip hacer estos dibujitos en el cuaderno que llevaba a la escuela. ¿Y por qué salían bolitas con letras de las bocas? Cuando llegara Chaín le preguntaría qué era esto, él debía saber. O, mejor aún, llevaría el papel adonde Chankisei, para que todos lo vieran. Ahí habría mucha gente, porque había minga.

Alisó la hoja nuevamente, la dobló con cuidado y la puso dentro de su canasta. Destapó la olla y constató que las yucas ya estaban sancochadas. Llevó la olla fuera de la casa y, con cuidado, le botó el agua hirviendo. Puso la olla en el suelo, junto a la otra, la del masato. Salió nuevamente y de uno de los árboles circundantes arrancó un par de frutos. Los abrió con ambas manos y, con el índice derecho, machucó las pepas del achiote. Se pasó luego el índice por toda la cara y, con un delgado palito, se pintó delicadamente las mejillas y la nariz; luego —con el índice nuevamente— se hizo algunas rayas en los brazos. Estaba colocándose la canasta en la cabeza cuando oyó a Chaín.

- Nuwá, wěmí*.

- Ayú, wěmí, —le contestó ella en perfecto aguaruna, la única manera en que podía ser.

*
- Mujer, vamos.
- Bueno, vamos.



3 9001 02939 7638

Este libro se terminó de imprimir en diciembre de 1990,
en la Asociación Gráfica Educativa, Tarea.

Av. 6 de Agosto 425 - Jesús María
Telfs. 336156 - 336815
Lima - Perú

000019

Bajo el título de "Memorias Clandestinas" han sido reunidos los relatos de dieciocho autoras que participaron en el primer concurso de cuentos "Magda Portal", organizado por el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, las cuales, en su mayoría, publican por primera vez. La diversidad estilística y temática y el trabajo oculto y silencioso marcan esta selección que incluye el cuento ganador, las menciones especiales y algunos textos más que hemos querido incluir por considerarlos de interés. Con esta edición se persigue impulsar la narrativa escrita por mujeres en el Perú reconociendo el trabajo de estas escritoras.